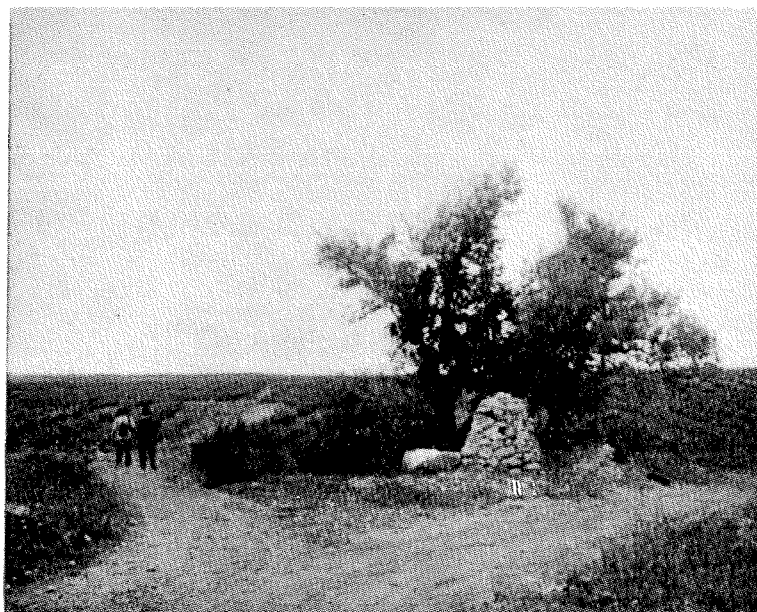


HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para
un estudio
médico - topográfico
de la Comarca



POR
RAFAEL
MAZUECOS

CRUCE DE CÁMINOS

CURIOSA fotografía de dos cazadores
sosegados que han remontado el cruce
de los caminos y el de la vida.

No se sabe quiénes pueden ser ni por dónde van. Muy puesto de etiqueta el uno y con los arreos de caza el otro, parecen dejarse retratar por Guevara de frente por detrás, allá por los años diez. El terreno pedregoso, el majanillo y el almendro silvestre y solitario entre cepas y olivas, son del monte de Villacentenos o de las caídas del de Quero, hacia Berenguillo o Piédrola.

Los cazadores son como una mota insignificante ante la grandiosidad del cruce y la inmensidad del espacio, que imponen, como lo hacen siempre los caminos al partirse, si hay incertidumbre en su destino.

Muchas veces se ve el hombre en el trance de que se le parta o se le pierda el camino que traía y le asalta la duda o la perplejidad. Por cualquiera irá bien si lo hace con decisión y perseverancia.

De estos cazadores se puede asegurar que no van a ninguna parte. ¿Qué importa quiénes sean ni cual el camino en que se encuentran?

FASCICULO XVII

CHICAS DE MI AYER

Como una mozuela,
jugando a la rueda,
te veo, mujer.
Suelta la coleta,
en la plazoleta,
eres, como ayer,
la voz argentina
que me encalabrina,
la que ordena el corro
y todo, a su modo,
lo lleva a placer.

Los capullos reventones,
se empiezan a abrir,
naranjitas y limones
y calorcillo de Abril.

Arroyo claro,
Fuente serena,
donde mis pesares,
lavar quisiera.

Tengo una muñeca,
vestida de azul,
con su camisita
y su canesú.

Me mira saltando,
según va cantando
y me dice hablando,
mi vida eres tú.

Mañana me voy a Palma,
pasar el río no puedo,
pásame, Pepe del alma,
con tu caballo ligero.

Al levantar una lancha,
una jardinera ví,
regando sus lindas plantas,
y se parecía a tí.

Jardinera, tú que entraste
en el jardín del amor,
de las plantas que regaste,
dime cuál es la mejor.
La mejor es una rosa
que se viste de color,
del color que se le antoja
y verde echa la hoja.
Tres hojitas echa verdes,
y las demás encarnadas,
a ti te vengo a elegir,
amiguita de mi alma.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

ENERO 1966

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACIÓN MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XVII

Aspiración

En este libro se citan numerosos episodios de mi época en los que no he intervenido y se habla de muchas personas de mi tiempo a las que no he tratado.

De muchos acontecimientos me llegó como una especie de eco que viniera de muy lejos y de muchas personas puedo decir que casi no las he visto y me cuesta trabajo identificarlas o no lo logro. Ellas lo saben y lo notan como yo.

Sin embargo, lo sucedido dejó en mí una huella honda, real e indeleble y las personas, aún las mas apartadas de mí, me parecen familiares. El diálogo que mantengo con la gran familia alcazareña me lleva a la mayor intimidad, a la necesidad de conocerlas y de entenderlas, que me hace de quererlas.

Tengo una preocupación a lo padre cura, sin responsabilidad inmediata y concreta, pero efectiva, por la confraternización alcazareña, por el conocimiento, por la conservación y la exaltación de todo lo nuestro, por la corrección de los resabios, por el respeto a la antigua, por el bienestar, que no es riqueza, sino estar a gusto, satisfacción íntima, holgura moral, ausencia de preocupaciones, conformidad, capacidad, imparcialidad, tolerancia, comprensión, amor.

No tengo ninguna duda de la indulgencia alcazareña para mis faltas. Por eso se lo entrego todo con franqueza y naturalidad.

Muchas gracias.

LA SOMBRA DEL POZO

En las pesquisas para estos trabajos se ha tropezado varias veces seguidas con la sombra del pozo, como punto final de vidas al parecer equilibradas. Esto del equilibrio es difícil de discernir y yo mismo he supuesto su falta a priori más de una vez ante episodios desventurados. Pura ignorancia y pobreza de experiencia.

La evolución de la vida traerá modificaciones en este aspecto porque ya no se hacen pozos en las casas y los antiguos se van inutilizando como todo lo que no se usa. Por otra parte los adelantos médicos y los cambios económicos, alargan la vida y dan más oportunidad al hombre para agotar todas sus posibilidades y que apure, hasta la hez, como el Señor, el cáliz de sus amarguras, viendo en su evasión del mundo la seguridad única de descansar. Es, ni más ni menos, lo que pasa con el cáncer y con la angina de pecho, como episodios tardíos, que al prolongarse el ciclo vital, se dan más probabilidades a su aparición. Ahora recuerdo, sorprendido, haber asistido a la evolución lentísima y nauseabunda de cánceres de la cara en personas cuarentonas, con un comportamiento como cualquier ochentona de hoy. ¡Qué cambios!

No es posible que todas las personas tengan la mis-

ma entereza para soportar la desdicha hasta los extremos que la vida la lleva y por ello no es sensata la severidad para condenar a los débiles que deciden terminarla. Cuanto más se vive se es más indulgente y más cauto para juzgar.

En Alcázar, las personas acorraladas han buscado salida arrojándose al pozo o al tren. En Madrid, espejo donde nos miramos para todo, solo había pozos negros tabicados, porque el agua era de Lozoya o gorda, de los viajes antiguos, la gente se arrojaba también, pero desde el Viaducto y con tanta querencia que se montó una guardia permanente para evitarlo, guardia dura, como la de las escalerillas de Palacio, por el aire tan frío que sube de la calle de Segovia. Otros se valían de armas, como don Isidro Giol, el gran médico del Hospital, que se clavó un cuchillo en el corazón por no poder aguantar su desgracia, pero en Alcázar no han abundado las armas nunca y ha sido el pozo el recurso más usual.

La gente presiente la decisión con preocupación y temor y aluden a las malas ideas que les dan, sin atreverse a decirlas, pero pensando en eso y los familiares buscan al médico para que recete algo que evite la *fechuría*. Es chocante la actitud de los jóvenes alrededor del viejo, esperando friamente de la receta médica los efectos infalibles del cariño y del sentimiento que faltan en sus corazones hacia quien todo lo dió por ellos.

Aunque la decisión no se confirma casi nunca, porque afortunadamente estos episodios no se dan a diario, es indudable que esa idea ensombrece muchas mentes y su frecuencia ha engendrado en Alcázar ese sentimiento difuso de recuerdo hacia el Asilo en todos los actos de diversión: los pobres del Asilo que todos podemos ser si del naufragio de la vida no salvamos alguna tabla para flotar.

El Asilo es como el pozo y tiene su misma sombra, húmeda y umbría, alimentadora del moho que corroe y destruye los

detritus que se le aproximan, pero mas leno, amortiguando su acción por la bendita caridad de unas almas de mujer que suplen la orfandad o el abandono ingrato con un amor ideal que, sin ser el que se necesita, conforta y consuela.

En estas decisiones la gente se protege con la ofuscación momentánea, súbita e irreversible, sin posibilidad del arrepentimiento seguro y por eso evita las maniobras activas cuya ejecución precisa mayor volun-

tad. El espíritu rendido busca el no poder volverse atrás, el tránsito fulminante, como supremo desdén o reproche ante la general indiferencia y la injusticia. Y para lograrlo el pozo ha proyectado durante muchos años la sombra lóbrega de su agujero en el pensamiento de las personas abatidas.

SUCEDIDOS

Habían hecho la matanza en casa de Bernardo. Ya sabéis que la madre estaba viuda y tenía a Bernardo, a Paco y a la moza.

Fueron los amigos con Bernardo de zurra y mientras que su madre estaba en casa de la Juliana de Escalona, que era hermana suya -Juliana Ruiz-, para merendar le dieron un tiento a la longaniza que la dejaron temblando.

Cuando subió la madre a la cámara prorrumpió en exclamaciones diciendo que habían robado la matanza.

Bernardo le dijo que él averiguaría quién había sido y a los dos días le explicó que habían sido unos hombres.

—Porque si son mujeres, arguyó, se llevan hasta la sogá para hacer estropajos.

* * *

Otra vez fue al teatro y sacó una entrada de gallinero.

Con ella en el bolsillo le dijo al portero de butacas que iba a pasar a ver a un amigo y se saldría enseguida, pero se sentó con el amigo. Llegó el acomodador, le dió la entrada y al verla le dice:

—Esta entrada es de gallinero.

Bernardo muy serio, exclamó:

—¡Eeeentonces es que me he caído!

Y el acomodador se fue riendo, dejándolo con su amigo.

* * *

Hizo una postura en la ruleta del casino de la Plaza.

Le levantaron un muerto. El que pidió su partida salió corriendo y Bernardo detrás con la mano en el bolsillo. Lo sujetaron diciendo:

—¡Qué vas a hacer, hombre!, creyendo que lo mataría.

Bernardo sacó la mano del bolsillo empuñando el metro y contestó. —Voy a tomarle medida del ataud.

MANIFESTACIONES VITALES DE LA VILLA

En la rebusca y cotejo de datos sobre la vida lugareña, han aparecido algunas fotografías recientes que siempre será útil conservar para nuestra historia, tanto por las personas que figuran en ellas como por los motivos a que obedecieran, la época a que corresponden y sobre todo por lo que tienen de documento gráfico de nuestro vivir.

A los que no vean en esto más que lo trivial, puede que les parezca intranscendente todo lo que se refiera a personas por ellos conocidas, de escaso o de ningún relieve, pero aún esos, bien observados, tienen detalles de indumentaria, de constitución e incluso de actitud, cuyo valor aumentará con el tiempo, excitando la curiosidad de nuestros sucesores, que necesitarán saber de donde vienen para ver a donde van.

A los hombres hay que conocerlos y lo primero es saber como eran para empezar a intuir su carácter, sus cualidades y su probable ejemplaridad o influencia en el medio que nos tocó vivir.

Es menester también conocer sus circunstancias y las circunstancias generales que les rodean, las cuales en Alcázar se dejan sentir mucho más que en otros pueblos por la continua comunicación con la capital.

La emulación madrileña es nuestro mayor estímulo y lo que da carácter a nuestras reacciones. Por eso la vida finisecular española encarnó más hondo en nuestro pueblo y puede apreciarse aquí su evolución como en un barrio extremo de la Coronada Villa o tal vez mejor, porque nuestro espíritu imitativo es grande y la distancia que nos separa le favorece.

En esa época, con la generación del 98, se inicia el modernismo en España, reaccionando contra el pasado próximo, no siempre execrable. El espíritu iconoclasta no respeta nada y se hace tabla rasa de lo anterior instaurándose la moda nueva. Benavente sustituye a Echegaray y en la misma línea se sitúan otros autores, siendo el más similar Gregorio Martínez Sierra.

Uno de los detalles de la época fue la creación de centros instructivos y grupos artísticos que no faltaban en ningún barrio de Madrid. Nuestro Juan de Dios Raboso presidió el del distrito del Hospital muchos años y allí le ví más de una vez.

Nada de esto podía faltar en Alcázar que saludó el tiempo nuevo reaccionando contra la socarronería, la sorna y el humor sanchopancesco que venían predominando al uso de ese Ulpiano, Cuartero y tantos más, haciendo correr la tinta de imprenta y constituyéndose agrupaciones artísticas de las que ya se dió alguna noticia en el fascículo nueve. Ahora, la fortuna nos ha favorecido con fotografías de otras.

La creación de estas agrupaciones es significativa, pero no lo es menos las representaciones a que se inclinan, porque en esto de los gustos, como pasa con el apetito, se demuestra cuales son nuestras necesidades orgánicas.

Martínez Sierra, madrileño, fue un hombre extraordinario, de cabeza benaventina, gran escritor, gran empresario y gran editor que en el teatro Eslava y en la editorial Re-

nacimiento dió a conocer las mejores obras de su época.

Tenía una mujer excepcional, mayor que él, escritora tan notable que se llegó a decir que ella escribía lo que él firmaba y el airecillo femenino que se ha querido ver en sus obras se le atribuía a ella.

El matrimonio fue muy amigo de Juan Ramón Jiménez y de su seno salió la boda de éste con Zenobia Camprubí, otra mujer singular, como se sabe, traductora del poeta indio Rabindranath Tagore.

Parece que el matrimonio Martínez Sierra, que ya colaboraba antes de los esponsales, había llegado a un acuerdo de firmar todas las producciones con el nombre de Gregorio Martínez Sierra. El epistolario de ambos con Juan Ramón, casi todo firmado por ella, es de lo más fino y entrañable y deja ver lo vigoroso de la personalidad de María sobre los dos más genuinos representantes del modernismo literario, Martínez Sierra y Juan Ramón Jiménez.

Martínez Sierra fue un escritor fecundísimo y un gran lírico que no tuvo, según decía, la vanidad de sus obras, pero sí el orgullo de sus sueños, que nunca fueron amargos, porque siempre le sonrió la felicidad.

El año 1911 estrenó *CANCION DE CUNA* que fue su mayor éxito teatral, obra sencillísima, de una pureza cristalina, cuya fuerza dramática arranca lágrimas de emoción al remover el sentimiento maternal.

Tres años después -el 21 de diciembre de 1914- se representó en Alcázar esta obra por el grupo de aficionados que figuran en la fotografía, capitaneados por el espíritu bonachón y jacarandoso de D. Vicente Galiana.

La obra se desarrolla en un claustro de



Es una gran fortuna poder incluir en esta obra el grupo de aficionados a la escena, caracterizados para representar "Canción de Cuna", la mejor obra de Martínez Sierra y una de las buenas de nuestro teatro de todos los tiempos.

Los que figuran en la fotografía son, de arriba abajo y de izquierda a derecha:

Ricardo Lizcano, que leyó excelentemente el intermedio poético de la función.

Lola Santos, que hizo uno de los papeles de novicia.

Pepita Pérez-Vázquez, la hija de Narciso, que se casó con Vicente Sol, hizo el papel de novicia que recoge a la niña del torno y la cria, uno de los principales de la obra.

Concha García, la del Inspector de Alcoholes, novicia.

Ignacio Santos, que hizo el papel del médico de las monjas y fue ya actor toda su vida.

Detrás de D. Vicente, Angelita Pérez Guzmán, la de Epifanio, tornera.

Orensia Pastor, la sobrina de Escudero, de seglar por representar la niña criada en el convento

Carmen Lizcano, hermana de Ricardo, novicia.

Mercedes Galiana, hija de D. Vicente, novicia.

Paquita Vilaplana, la hija de la Conchita de la huerta, cocinera.

Abel Escribano, el novio de la chica, no tan buen mozo como requería, pero bien puesto.

Mercedes García, la pianista, abadesa.

D. Vicente Galiana, director.

Concha García, pianista, hermana de Mercedes, vicaria, papel de difícil interpretación.

Angelita Santos Cantero, prima de Posadas, maestra de novicias, que con la anterior llevan el peso de la obra.

Todos cosecharon los merecidos aplausos a que se hicieron acreedores y quedan perpetuados en este conjunto de recuerdos alcazareños.

religiosas dominicas y da comienzo en un día de santo de la Madre, por dejarle en el torno un cesto con una niña recién nacida y una carta pidiéndole que la recoja.

El autor lleva el asunto con la mayor delicadeza, sorteando sus dificultades y la niña permanece en el convento hasta que sale pa-

ra casarse en una escena de tanta emoción que, como dicen luego, es para verla. Para verla y para darse cuenta en el curso de la obra de lo bien observados y comprendidos que están los personajes, las situaciones que se crean y la agudeza del autor para salir airoso de todas, sin quebranto de la austeridad conventual ni merma del interés dramático que se mantienen en todo momento a la mayor altura moral y en la ternura mas conmovedora.

* * *

EL GRUPO ALVAREZ QUINTERO

El genio alegre, saludable y gracioso de los ilustres saineteros de Utrera, halló amplio eco en Alcázar, como todo lo nacional de relieve en Madrid y surgió el Cuadro Artístico Benéfico Alvarez Quintero, aquí fotografiado con motivo de la representación de "Amores y Amoríos", la primorosa comedia de dichos autores, que se estrenó en el Teatro de la Avenida, de Buenos Aires, el 10 de Octubre de 1908, por la Compañía Guerrero y Mendoza y puesta en escena por este Grupo local, el 8 de Noviembre de 1920, a beneficio del Asilo, la acogedora institución de los desamparados.

Este Cuadro, como el anterior, ofrece la particularidad de que todos los actores fueran de la localidad, cosa no fácil de lograr por la severidad antigua en re-

lación con las muchachas y que en este caso costó no poco trabajo a los organizadores para convencer a los padres y que las dejaran de actuar.

Los fotografiados son, desde arriba, Ignacio Selva Marchante, hombre comodón, enemigo de las prisas, bondadoso, que servía para toda clase de papeles, hasta para tocar la vihuela, que lo hacía bien, acompañando a Virginio, el ciego del Estanco.

A continuación José Béjar, el sobrino de los caldereros apellidados López, de la carretera de Criptana y novio de la Andrea Rebato, muriendo antes de casarse. Fue el mas aficionado de todos y el que mas sacrificios hizo para salir adelante con sus propósitos, no tolerando bromas en escena.

Simón Caraballo Ramírez, el de la Crisanta. Era imprescindible por la comicidad de su temperamento, a lo Muñoz Seca. Se parecía mucho a su padre, aunque algo mas pequeño, dientón como él y tenía el mismo tic nervioso que le obligaba a cerrar un ojo y encoger el cuerpo, (1) cosa que dado su temperamento y humor le hacía graciosísimo porque además era un bendito.

Después de Simón está Pepe Lubián que no pertenecía al Cuadro Artístico pero que

(1) Cuando Simón tenía la peluquería de señoras ninguna quería esperar, como es corriente en los sitios de aglomeración, y una le pidió por favor que la sirviera la primera. Simón justificó su dificultad y se marcharon, pero al poco rato vuelve lo que quería ser la primera y Simón extrañado le dijo:

—Señora, no insista, porque en este momento no puedo atenderla.

—Es que como me ha "cucao" usted el ojo creí que me lo hacía para disimular y que volviera enseguida.

Otra vez en el tren se le escamó una señora que iba sentada enfrente con su marido, por la insistencia con que guiñaba el ojo y se lo dijo al hombre por lo bajo. Menos mal que este se dió cuenta de la falta de picardía, porque sino lo paso mal, decía Simón, pues era un tío fornido.

estaba con ellos mas bien como amigo y se puso detrás bromeando, porque tampoco le faltaba humor.

A continuación de Lubián está Lozano, de Manzanares, que trabajaba en el Depósito, marchando al poco tiempo a su pueblo donde murió muy joven.



La primera de las chicas es la Concha Espinosa, única hermana que tenía Joaquín, que también se casó con otro del Depósito, Parrilla, que se murió a poco.

Los del Cuadro, en general, tuvieron mala sombra con la coyunda, todos enviudaron, como se ve. La Concha fue la primera que lograron convencer para que actuara con fines benéficos y sirvió para animar a las demás y acallar a los padres.

La segunda es Remedios Rebato Angora, la mas pequeña de las Andreítas, que se casó muy joven y murió en el primer parto.

La tercera Antoñita Mata, la de Gabriel, y sus ojos lo dicen, la simpatía arrolladora y la alegría andando.

Le sigue Fermina Rebato Angora, tercera de las Andreítas que se casó con Joaquín Espinosa.

A continuación Angelita Rodríguez, la que se casó con César Pedrero.

La sexta Pilar Paniagua, la de Pepe el de las Aguas, que se casó con Requena, Jefe de estación de Aranjuez.

En la tercera fila Demófilo Carreño, América Morollón, la hija de Máximo y su hermano Nepol, tan buenos como su padre y con las mismas salidas deslumbrantes. Eugenio Santos, que era el tesorero; Teodomiro Paniagua, el presidente; D. Enrique Galego, el director, colaborador asiduo de todos los periódicos de entonces; Joaquín

Espinosa, actor y traspunte y Alfonso Merlo, el mayor del maestro del Depósito, muchacho listo y bohemio que hacía de apuntador con tal habilidad que ponía su voz sobre el actor con toda claridad sin que el público notara que estaba en la concha.

La niña es Inesita Espinosa, hermana de padre de Concha y Joaquín.

Con el teatro de los Quintero triunfó en Madrid el genio de Andalucía. En Madrid y en España entera y lo mismo en América que es, como Canarias, una prolongación de Andalucía. Y a ello va unida la arriería alcazareña, que nunca pasó, hacia arriba, de Arenas de San Pedro, la Andalucía de Avila, por lo que no tiene nada de extraño que se sintiera aquí el regocijo que los ilustres autores supieron pasear por todos los escenarios de habla española y si no lo hicieron por los del mundo entero, con sobra de méritos, fue porque so-

lo en su propia lengua se puede gustar de veras la sal de esta tierra.

En otros libros se ha hecho resaltar este aspecto de nuestra arriería y su influencia en Alcázar, todavía perceptible para los conocedores, por lo que este cuadro artístico puede considerarse un brote espontáneo de ese espíritu, al que casi ninguno de los componentes es extraño, pues hasta los que parecen más alejados, como la Antoñita Mata, es un personaje quinteriano de punta a cabo, por su alegría, por su ingenio y por su retrechera gracia.

El donaire, la soltura y la sencilla naturalidad que campea en el teatro quinteriano, imagen viva de la realidad española en el felicísimo período finisecular e idéntica a la palpitante vida alcazareña, cuando nadie quería saber nada de sufrimientos ni dolores, tenían que encontrar, como la encontraron, la mejor acogida en el plácido ambiente alcazareño y el cuadro artísti-

co logró muy señalados triunfos y bien merecidos, porque ninguno de sus componentes escatimó su esfuerzo para lograrlos, cada uno en su papel y por eso, por su papel, hay que decir que Pepe Béjar en el papel de Juan María y Antoñita Mata en el de Isabel, alcanzaron una altura más propia de profesionales que de aficionados y al recitar esa extraordinaria composición, que ha pasado a las antologías, como la benaventina de *LOS INTERESES CREADOS*, de

“¿Quién te arrancó de la rama
que no estás en el rosal?”

el teatro se venía abajo de emoción y de entusiasmo.

Los novios fueron los chicos de Máximo, América y Nepol; D. Leoncio, Demófilo Carreño; Julia, Angelita Rodríguez; Matilde, Concha Espinosa; Irene, Pilar Paniagua; Cecilia, Remedios Rebato; D. Alejandro, Lozano; Moyita, Simón Caraballo; Rafael, Ignacio Selva; Ciutti, Joaquín Espinosa; Traspuntes, Lubián y Santos; Dolores, Fermina Rebato. Hay dudas sobre si el papel de Lauro, marido de Dolores y ambos guardianes de la posesión, lo hizo el hijo del Catre, Félix García, buen amigo y excelente actor, de grato recuerdo, tan aficionado a las tablas que le costaron la vida, pues en la sofocación de un ensayo cogió la pulmonía que se lo llevó, como él hubiera dicho con su gracejo cómico natural, por adelantarse y haber nacido antes de descubrirse la Penicilina.



PASTOSIDAD PASTORIL

Vino un pastorcillo a ver a su padre que estaba malo y murió.

Al volver a la casa el muchacho rompió a llorar y el mayoral le pregunta:

—¡Muchacho! ¿Por qué lloras?

—Porque se ha muerto mi padre.

—¡Caraje! replicó el mayoral, cada paso es un milagro. A tí se te ha muerto tu padre y a mí se me ha perdido el corcho de la botija.

Mantillas y Peinetas

Estos grupos demuestran la plena incorporación de la vida alcazareña al modernismo.

Las mozas corren las estaciones de mantilla y sombrero, como en la Villa del Oso y el Madero,

atuendo que los cronistas madrileños llaman tradicional pero que en Alcázar no lo era tanto ni tan general. La gente viaja ya continuamente y se familiariza con todo lo de la Capital.

Aún allí han desaparecido las faldas de cola, el zapato reemplaza a la bota y se lucen las canillas con naturalidad. Además de acortarse, los vestidos pierden vuelo y se ahila el perfil femenino. La mujer va adquiriendo la soltura que sin duda necesita para la vida nueva. Se extingue la figura matronil y se va esbozando la de la menestrala. Eclipse del señorío y aparición de la masa. Imposición de la prisa que nos llevaría a la angustia. Ya no se puede tomar el tranvía en marcha. Se instalan las paralelas en la Puerta del Sol para encajonar las colas. Hay que esperar. Refunfuñeo y rechinar de dientes. El tiempo es oro y no lo hay suficiente para nada. Disminución de los afectos. Superficialidad en las relaciones. Aceleramiento, desconfianza y duda, brusquedad.

Estas mozas, vistosas como se aprecia y todavía abultadas, no podían pensar en nada de ésto, porque somos protagonistas de una comedia cuya trama solo pueden comprender nuestros continuadores con el tiempo.

En el grupo superior figuran, de izquierda a derecha, Elisa Ortiz, Lola Santos, Isabel Manzaneque, Vicenta Romero, la de la Cera, Isabel Martínez Espadero, Leonor Laguna y Amparito García Alvarez. En el grupo inferior, Antonia Ortiz, Rosario Espadero, Julieta García Alvarez, Luisa Manzaneque, Luisa Martínez, Ramona Rubio, Concha Arce y Lorenza Marín.

Las fotografías están hechas el día de Jueves Santo, del 1919.



LA espectación despertada en el Paseo por la boda de Gaspar Santos quedó grabada en la imaginación de los chicos que jugábamos allí con caracteres indelebles, jamás habíamos presenciado un espectáculo semejante.

La época era la felicísima de fin de siglo que no acabó hasta bien entrado el actual, de hecho hasta el año catorce.

El novio era el hijo menor de Eugenio Santos, el del comercio de mas vitalidad, ya de treinta y tantos años, hombre de buenas costumbres, liberal y romántico, aficionado a las artes, sobre todo a la música, que colaboraba en la ILUSTRACION MANCHEGA editada por los Maestres e intervenía activamente en todos los aspectos de la vida local dando una nota de delicadeza. Rubio, gordo, colorado, casi limpio de barba, con quevedos de oro y cordón, le daba un aire al insigne parlamentario don Cristino Martos.

La novia era una muñeca de la Fonda de la Estación, el Bufett, le decían todavía, por la influencia francesa en nuestros ferrocarriles por entonces en todo su esplendor y los nueve chicos de la Fonda en pleno vigor juvenil y en el momento propicio a los enamoramientos. Aquello hervía y la fastuosidad a la francesa era ostensible a todas horas.

Había en torno a esta

BODA MEMORABLE

boda una ebullición extraordinaria que convirtió el Paseo por unas horas en auténtico Salón del Prado, por el ir y venir de coches de caballos, ocupados con damas vistosas y caballeros bien portados, por la solemnidad del paso de la comitiva al ir a la iglesia y por la gran concurrencia de curiosos.

El tiempo era el siempre grato de principios de Otoño, después del caluroso verano, el 28 de Octubre de 1906.

La fortuna nos ha favorecido con esta fotografía, después de agotadas todas las posibilidades en su busca, para que se vea que no hay exageraciones en lo que se dice y que la elegancia y el buen gusto tuvieron en Alcázar momentos de brillantez. Está hecha en el corral de la bodega de la Fonda, que era la que después fue de Barbero, porque de aquella exuberante ostentación no queda ni el recuerdo, a la derecha de la entrada de la Estación, cuando se efectuaba por la calle de este nombre, increíblemente olvidado por Alcázar, que se lo debe todo. Los fondistas, sin embargo, se comunicaban por una portaiilla, del color de las traviesas usadas, que había dentro de la Estación, cruzando las vías desde su casa. Y esta es la razón de que en una boda tan concurrida se fotografiasen solo unos pocos, porque había que pasar las vías y estaba al llegar el mixto que llevaba una velocidad de casi treinta por hora y entonces la gente no era tan arriesgada como ahora ni se lanzaba tan deprisa a las cosas. El pequeño detalle de la portaiilla demuestra lo grande de la influencia y confianza de los fondistas. Comunicando una casa particular con la Estación, en plena vía, en contra de todas las leyes y costumbres, demuestra la compenetración de la Fonda con la Empresa, para tener la comodidad de quitarles la nata a las tinajas y echarles los desperdicios a las gallinas sin tener que salir a la calle.

Véase la esplendidez de sombreros y vestidos en las damas, al uso de los que las aristócratas lucían en la vida de la Corte y la abundancia de sombreros hongos de grandes y recogidas alas. Los chavalillos con

sus trajes y sombreros de hombre y las niñeras con los atavíos adecuados al rango de los bebés que llevan en sus brazos.

Lo aglomerado que está el grupo dificulta la explicación para identificar a los que figuran en él, pero se reconocerá que las seis ensombreradas son de una distinción y un atractivo irresistibles.

Las chicas de la izquierda son Julita Calvo Lescarbourea, hija de Pilar, la madrina, hermana de madre de Concha, la novia. Lola Santos y Alejandrina, hermana de la primera, monja en las Damas Negras.

Detrás la Blasa, niñera de Antonio Santos que dió el golpe en la boda desestimando la prodigalidad de cubiertos y vasijas y comiendo con la navaja canutera. Y la mas alta es la Remigia, que pasó la vida en la Fonda.

Detrás de ellas, muy emperifollados, Emilio López Quirós y Amparo Fernández, también en vísperas de boda.

La de la gasa por la cara es Amelia Davant, la de la fonda de Baeza, prima hermana de la novia y delante de ella Pilar Lescarbourea, la madrina, hermana de la novia.

El novio, Gaspar Santos Martínez Palomar
La novia, Concha Murillo Davant.

El padrino, Eugenio Santos Castejón, padre del novio.

A la derecha, en primer término, muy plantado, Julio Lescarbourea y con él Teresa Murillo Davant, gorda, hermana de la novia y Carmen Fernández, la de D. Enrique.

Entre las dos anteriores asoma la cara y el hongo de Mariano Montes y sobre el sombrero de Carmen se ve a Eduardo Davant Nard.

A continuación, la hermosísima Angelina



Santos Cantero, prima hermana del novio que se casó con Julio.

Entre Angelina y Carmen, Ricardo Sanz, licorista de Játiva.

La silueta de D. Enrique, el médico, es inconfundible, empingorotado contra la esquina del porche y delante de él con sombrero blando, Julián y Carmen Santos, hermanos de Eugenio.

Es difícil la identificación, pero en el grupo se distinguen, en línea recta, a continuación del novio, el Angel de Gaspar, Ignacio y Sebastián Santos. A la derecha de la novia está muy claro Rafael, el de la Fonda y detrás del cura su hermano Ramón, Antonio y Pepe Castellanos y Julio Espinosa y a la izquierda del grupo, de sombrero hongo y barba, Francisco Marchante, el padre de Cirilo.

La curiosidad de los lectores irá identificando a todos uno a uno.

Se conserva una gran lista de valiosos regalos de

esta boda, como se estilaba en "el gran mundo" y de otras varias de la época, como la de Amparo Fernández, Julia Martínez, Luisa González, etc.

En la Fonda se correspondió a todo con la mayor esplendor y se obsequió hasta a los no asistentes con bandejas de porcelana y estuches de raso conteniendo filigranas de repostería, originales, sabrosas y abundantes.

Gaspar y Concha se prepararon una luna de miel a lo Davant, no a lo Santos, con recorridos nacionales y extranjeros, estancia en Francia y gran asombro y preocupación del buen Eugenio que había amasado su peculio con mil fatigas y no podía comprender ni ver imposible tamaños derroches. Es menester trasladarse a aquel tiempo y haberlo conocido por lo menos en parte para poder comprender lo que aquello suponía en medio de la miseria general y para darse cuenta de la importancia que tiene en Alcázar ese complicado fenómeno del forasterío, que espera un alma amiga que lo estudie y valore.

Entre los factores de prosperidad arrojados por la vía en las Santanillas, son los de procedencia francesa una parte muy importante y entre ellos esta D.^a Alejandrina Davant Davant, una de las principales. Vino de Francia casada con Julián Lescarbours y tuvo a Julio, Pilar y Cecilio, que murió aquí. Padrino de este último debió ser Cecilio Murillo

Amella, natural de Binefar (Huesca) y amigo de la casa que al morir Julián se casó con Alejandrina y tuvieron a Concha, Rafael, Ramón, Ricardo, Teresa y Emilio.

Como el matrimonio Lescarbours vinieron otros muchos con los constructores del ferrocarril, invento que caracteriza el siglo XIX.

El tío Belbeze se recuerda todavía como un maquinista de campanillas y como dueño de aquel perrazo Gambetta y de viñas y tierras de labor, padre de Orenco, de Justo, de Juan Francisco, de Paulina, de Consuelo y de Antonio.

Enrique Lavoisier, maquinista que murió en el choque de Malagón y El Emperador.

Enrique Balbastre Lavoisier, marido de Rosa Saiz Arias.

Alber Brunner, casado con Paulina Belbeze Félix Conscience Violet, de París, jefe del taller de tornos en Madrid.

Albinet, el suegro de D. Cesáreo que dió nombre a la escuela de éste por estar instalada en su casa y porque se casó con su hija Alberta, etc.

D.^a Alejandrina sobresale por encima de todos, por lo activa y emprendedora y por estar preparada gracias a la convivencia, en el nivel que fuera, hay quien dice que de institutriz, con los financieros que mediaron en la explotación del ferrocarril y que le permitían beneficiarse de los negocios del momento y llevar aquella vida tan holgada que en Alcázar parecía una fantasía de las mil y una noches, aunque para ellos fuera corriente. Ella inauguró la Fonda de la Estación de Atocha, según parece, y tuvo además en sus manos o en las de sus familiares las de las estaciones de Lérida, La Encina, Alcázar, Baeza y Almorchón, un verdadero monopolio de la repostería de la red, con los consigüentes beneficios y posibilidades, no ya de celebrar una boda deslumbrante sino de transformar toda la economía alcazareña.

Ningún momento mejor que el de esta boda para justipreciar la vida del Paseo, incomprendible sin el conocimiento del forasterismo, el que va de paso, pero en continuo pasar y el que se queda y arraiga. Otras veces se ha dicho aquí que la vida del Pa-

seo, pintoresca y alegre, era continuación de la parte manchega de Madrid, desde la Red de San Luis para abajo. Ahora se podría decir que tenía remedos de Montmartre y que todo se mezclaba, Madrid y París u otras ciudades de la dulce Francia.

La vida cosmopolita se asentó en las huertas, entre la Estación y el pueblo y creó esta calle singular que es el Paseo, por entonces plagado de garitos y tascas, como cualquier barrio chino de las grandes ciudades y con una concurrencia tan heterogénea y displicente que parecía encontrarse como los peces en el agua.

Alcázar puso allí, detrás de los mostradores, su espíritu tolerante, su hospitalidad y su necesidad y el foráneo encontró el terreno propicio y cualificado para su arraigo. La promiscuidad mas abigarrada reinaba en el recinto y lo mismo lucían las habilidades del tahir que las rapacerías del granujilla o la marchosería de la chula, en medio del mas honesto vivir de numerosas familias admirables, que nunca perdieron el buen humor ni sintieron la necesidad de ponerle puertas al campo.

La Estación mantenía un auténtico oleaje marino con relación al pueblo, un flujo y reflujo permanentes y la resaca se fue llevando todo lo que la vida había forjado en el curso de los siglos.

Cada tren que llegaba, que antes se estacionaban de verdad, soltaba verdaderas oleadas de vida, sin contar con las permanentes de los treneros. El dinero fácil y fresco a todas horas fue quebrantando nuestra previsión y cambiando los gustos, tornándolos caprichosos y todos quedamos ligados, de un modo o de otro, a la vida del carril y a la paga del día diez.

Alcázar fue cambiando su vida y haciéndola mas superficial pero muchísimo mas grata; no había que guardar porque al acabarse lo del mes llegaba otra vez la paga y hasta se podía mejorar y adelantar las satisfacciones, comiéndose anticipadamente lo que de seguro llegaría. Y nos hicimos gastosos.

Los altos jefes de la Compañía tuvieron aquí un acatamiento general y sus nombres,

Sus, auxiliado por Chabor-dés y Salto en la tracción y Marry y Escalier en el movimiento, Anthaume y Du mail de la celeberrima escuela de París-Feise, Jos Brean jefe de Depósito, Enrique Niehil subjefe, Gustavo Riojan subjefe, a poco a Sevilla; Contra maestres Noret y Bainoir, eran pronunciados familiarmente entre los pardillos. Ellos se sentían complacidos y las Canteras sabrán cuántas fueron las tortas que alfombraron los caminos de sus casas. Todo iba a gusto y el negocio marchaba.

D.^a Alejandrina, devota y protegida de Mercurio, regía el Buffet, al que iba todo el mundo, sin que el ruido de la botillería le impidiera oír el tintineo de los chorros de oro de las grandes jugadas de D. José Salamanca. Y D.^a Alejandrina metía baza. Hecha por naturaleza a la vida superior de Francia, llevaba un tren que parecía el ama de la Estación, tan incauta como cualquier alcazareño, olvidada de que los tiempos cambian y de que en el juego se gana y se pierde y de que las personas desaparecen y con ellas lo que les rodea.

Nadie en Alcázar se hubiera atrevido antes a realizar esos gastos, ni siquiera los que se decía que tenían dos o tres millones de reales, cuya conservación dependía de su austeridad, pero en ella el equilibrio dependía de la carrera, como en los ciclistas, la acometividad y la audacia eran sus elementos y su peligro,

porque el que ama el peligro en él perece, dice el refrán.

Durante su esplendor dió en Alcázar ejemplo de buen vivir y mediante la trabazón de sus muchos hijos proporcionó a la juventud continuo y adecuado esparcimiento, concentrando diariamente las pandillas en los salones del ambigú por cuenta del repostero y de rechazo muchas casas lugareñas vieron alterado su sosiego y tuvieron que hacer algo para ponerse a tono con tanta afabilidad, acelerándose los cambios impuestos por la evolución.

Por entonces, huérfano de padre en Francia, se había implantado ya en España, otro mozalbete, sobrino de Julián, el primer marido de Alejandrina, que con el tiempo había de dejar en el Paseo una huella indeleble, José Pecker Lescorbourea, creador de la Fonda Francesa, cuyo hermoso edificio es todavía el mas notable de la salida de la Estación y que por misteriosos designios insospechados, después del interregno de Luis Labadía, ha venido a soldarse nuevamente al buffet originario.

Pepe Pecker, hombre de buen trato, de excelente salud y de competencia indudable, vino con su madre a Venta de Baños (Palencia), estación inmejorable para el tráfico reposteril, donde los trenes de Galicia, de Asturias y de la Montaña repostaban y dejaban hacerlo a los viajeros. Aquello era un gran negocio que te-

nía su tío Alejandro Lescarbourea, tan gran cocinero que lo galardonó Isabel II y lo premió Alfonso XII, pero surgieron dificultades insuperables y Pecker se instaló en la calle Carretas, de Madrid, en el Hotel Castilla, junto a la Central de Correos de entonces, con aquellas bocazas de león que servían de buzones, un poco por encima de la famosa taberna de Sixto, justamente donde ahora están las Sederías Carretas. Pecker perdió allí las ganancias de Venta de Baños y hasta los ánimos, que es lo peor. Y entonces se presentó Julio Espinosa que había estado en la cantina de Venta de Baños, donde se casó y lo animó a venirse a Alcázar, a la Fonda que había puesto Cárdenas, orilla de la taberna de Perra. Era el año 1906.

La cocina se adueña de cualquier negocio de hostelería y Pecker, que la manejaba diestramente, se hizo pronto el amo de la parroquia fondisteril, con el natural resentimiento del dueño de la casa y de la Fonda de la Estación que ya regentaba su primo hermano Julio Lescarbourea. Y se impuso la necesidad de construir el hermoso edificio que levantó Cándido Mire, quien sabe a costa de cuantos sacrificios de este gran Pepe Pecker que tiene usía y excelencia y considera el trabajo como tan grande honor y salutar recurso que a los 90 años conserva el amor al arte y te da la mano untada de la cocina, despertándote esa admiración profunda que es veneración, hacia quien se levantó a pulso, contra viento y marea, y se sostuvo digno, natural y sencillito y a pesar del crédito logrado con su trabajo, salía a la puerta de la Estación para ofrecer sus servicios a los viajeros. Los mozos de equipajes, a los que se pegó la cortesía galaica de la casa, Monreal sobre todo, decían a los que se apeaban del tren:

—¿Va usted a la Fonda del oui, oui?

Porque en la Fonda a todo se decía que si, en francés.

Y los llevaban a la casa de D. José Pecker.

Por entonces se celebraron las primeras bodas en la Fonda.

Venancio Muñoz, PESETILLA, dice que la primera fue la de Gras, aquel maquinista que vivía orilla de Pedro Advíncula, cuya

hija se casó con Musulén por el año 1909. Y Venancio tiene buena memoria. Y el mismo arte cocinero que Pecker. Sin embargo don José cree que la primera fue la de Pepe el de las Aguas, al casar a su hijo Agustín, el secretario perpetuo del Casino, al que le dió Pecker de su misma gelatina y le dura la correa. Por 8 pesetas, tres platos de carne, huevos ahilados, jamón, vinos, pan, postres, dulces, puros, café y baile. Bien es verdad que la pensión completa en la Fonda costaba 5 pesetas; tres platos a medio día y tres por la noche, a elegir en una lista, habitación y desayuno. Cubierto suelto para transeúntes 2'50. El matrimonio Pecker -vallisoletana ella, bayonés él- trabajó abnegadamente y hacía de trabajar a todo el mundo. Cuando lo del Barranco del Lobo y todo aquello daban de comer a todas las tropas que iban o volvían de Africa y mantuvieron el Paseo durante tanto tiempo como un hormiguero. Es espeluznante recordarlo pero Pecker era un salsero genial y estaba siempre al pie del cañón sin quedarse nada por hacer, como le pasaba a Cristóbal, a Achúcarro y a Toribio Navarro, aquel señor de los foudres, que eran ejemplo de laboriosidad en el ambiente jaranero del Paseo.

De lo que fuera la cocina de la fonda hay un indicio real en la de Pesetilla, que es su continuación. Y además una lección viva, por aquello de has lo que fuere mejor que nadie, que la gente hará una senda para ir a quitártelo de las manos. En un lugar apar-

tado, de malos caminos y sin ningún aparato, Venancio tiene su casa siempre llena y rodeada de coches en busca de sus asados, de sus rellenos y de aquellas salsas que aprendió de don José, porque la vida, como decía Juan Ramón Jiménez, es una corriente sucesiva no perdida en la bruma ineludible de la muerte, porque sigue, inevitable, como una antorcha, de mano en mano. Y desgraciado del que se quede con la antorcha y del que no la reciba.

¡Qué sustancioso todo aquello! ¡Y qué tragaderas!

Había un señor respetable en Alcázar, muy recto, que le tiraba el morapio y se lo hacía servir en tetera, sentado en la puerta de la Fonda.

Un día cayó una mosca en la taza y para no andar revolviendo y tirando al suelo, se la quedó mirando y le dijo:

—Dobla las patas, que vas de viaje.

Y no dejó ni rastro de un solo trago.

Con esa sans-façon se vivía en el Paseo.



La medida del tío Sergio

En la mayoría de los pueblos rigen términos comparativos, medidas o normas troqueladas por la vida misma de los vecinos en su ínfima necesidad. En el pueblo de mi amiga Frater rige la medida del tío Sergio, que quería poner una ventana y al preguntarle los albañiles que cómo de grande respondió que la mediría con los brazos. Puso los brazos en la pared y llevando las manos separadas se fue a la carpintería diciendo:

—Quiero una ventana así de grande.

Abundio le preguntó cómo era el hueco que habían dejado los albañiles y él respondió:

—Así, aproximando y separando las manos. Y agregando:

—Si es chico que lo agranden y si es grande que lo loden.

Desde entonces quedó unido el nombre de Sergio a las medidas mal tomadas

La Peña Carrascosa

El chico de Emilio ha tenido la generosidad de prestarnos esta fotografía que hubiera sido una lástima no reproducir aquí por referirse a dos detalles especiales de nuestra vida; uno singularísimo, la elección de Emelina Carreño para mis España y el otro, también notable, la existencia de la Peña Taurina Carrascosa en el momento cumbre de la afición de Laurentino.

Varios de los que figuran en el grupo bajaron a la arena mas de una vez. Por algo formaron la Peña y por algo aquí hay de todo lo que pueda haber en Madrid.

El nombramiento de Emelina produjo en la Peña, como en todo Alcázar, una explosión de entusiasmo, pero, claro, lo flamenco es lo flamenco, y la Peña se consideró en el caso de actuar para celebrar el triunfo de la simpática alcazareña y ensalzar su figura. Todos creyeron como lo mas propio celebrar una corrida en su honor pero por ser el mes de Enero nadie se comprometía y por otra parte ninguno quería esperar al verano sin hacer nada. Y surgió la idea de requerir la cooperación de la Agrupación Artística Alcazareña para representar una obra



de aire romántico y tonos campestres, recayendo la elección en AL ESCAMPIO, del "Pastor Poeta", el cual asistió a la función y recitó varias poesías originales en honor de Emelina, que se aplaudieron con gran entusiasmo.

Este es el motivo de la fotografía y la razón de que a la derecha de la Reina de la Belleza esté Julián Sánchez Prieto, autor de la obra y a la izquierda Laurentino Carrascosa, presidente de la Peña que la afición alcazareña constituyó con su nombre, enardecida por sus triunfos en los ruedos.

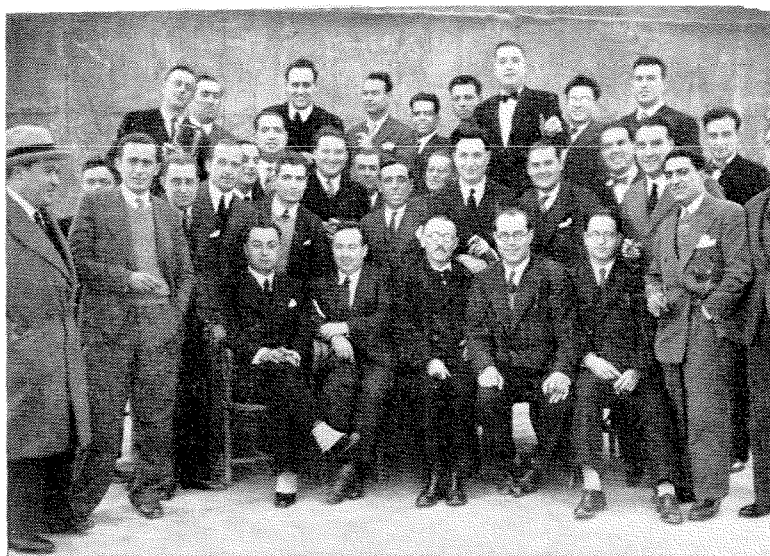
En el grupo figuran, de izquierda a derecha: de pie, Francisco Mazuecos, Ambrosio Arias, Arturo Castellanos, Francisco Antonio Paniagua, Saturnino Campo, Sérvulo Carreño, padre de Emelina, Manolo Sánchez, hijo del Pastor Poeta, Pepe Ortiz, Inocente Alonso, Victoriano Comino y El Fíguro (Diego Fernández).

Sentados, Jesús Esperón, Emilio Paniagua, El Pastor Poeta, Emelina Carreño Pareja, Laurentino Carrascosa, Bautista Peñuela y Pepe Frasco.

La niña que aparece al lado de Jesús es la Juanita, de Sebastián Olivares, el maquinista, nieta de Castor, el Sastre, vecina de la casa, porque la fotografía se hizo en el patio de Jesús al día siguiente de la función, 12 de Marzo de 1931. El la preparó pero la Pepa la tiró para que Esperón no faltara en el grupo en un día tan señalado.

Euforia Juvenil

En esta fotografía figura un grupo numeroso de los jóvenes que más se destacaban en el movimiento del Casino y en la vida alcazareña de su época, todos ellos más o menos orientados o en condiciones de situarse y caminando a la madurez, y solo un viejo, que podría ser padre de cualquiera de ellos, Pedro Escudero, que gustaba de codearse con la juventud y con la ciencia, como solía decir, lamentando no haber tenido estudios, aunque aseguraba, con la mano en el pecho, en un gesto muy personal, que en lo que de él había dependido no se le había quedado nada por hacer. Y era verdad, porque lo hizo y más que habría hecho en otro ambiente, siendo uno de los hombres que, con esas botas negras, de una pieza y con elásticos, que albergan unos pies condolidos y ese aire recogido de pastor anglicano, Alcázar hubiera necesitado siempre. Su cajón -decía- estuvo abierto para ayudar a muchos, con el mayor dolor de su alma, lo que revela su espíritu comercial, porque no ignoraba que el préstamo se pierde y con él la amistad, el cliente y el prestigio ante el incumplidor que para justificar su conducta necesita denostar a su protector, pero el hombre de empresa -y Escudero lo era- necesita afrontar ese riesgo y otros mayores, para tener a su alcance los resortes que le permitan progresar en firme. Observando la evolución que ha tenido el comercio y comparando a los hombres de un tiempo y de otro, resaltan más las cualidades de los que en Alcázar tuvieron iniciativas y condiciones para realizarlas y Pedro tuvo momentos, apreciables todavía, en los que se consideró el promotor y acaparador de todo el comercio de la región, cuando llamó a su casa Almacén de La Mancha y se lanzó a una publicidad pene-



trante, certera y veraz, propia de los convencidos. Su imaginación caminaba por los campos de la fantasía como la de todo hombre esforzado, pero bien embriada para evitar desmandamientos. ¡Qué desdicha tan grande para los pueblos, que se malogren sus hombres más representativos!

Figuran en la fotografía, de arriba abajo y de izquierda a derecha, Abel Alarcos, Sánchez Escobar, Ernesto Nieto, Pepe Montoya, Honorato Gómez, el hijo mayor de D. Leandro, Ismael Payá, Luis Pecker, el chico de la Fonda Francesa, Enrique Utrilla, Antonio Ortiz, el hermano de Manolo y Aurelio Serrano.

De sombrero y gabán, Enrique Molina, hombre de ademanes pausados y palabras modosas, pero de agudo juicio y fino humor, probablemente el alcazareño de más y de mejor sorna de su tiempo. El pinche de la cocina, Germán León, Antonio Espadero, Vicente Castellanos Vázquez, Emi

liano García-Baquero, Serafín Quintanilla, Bernardo Roper, Emilio Paniagua, Bautista Peñuela, Salvador Samper, Arturo Castellanos, Coralio Paniagua, parejo de Enrique Molina, pero mas caústico; Leopoldo Nieto, José Utrilla, Jesús Buendía, José Hernández y Antonio Barrilero, el del Banco.

Sentados están Pepe Durá, el notario, murciano, la

figura intelectual de Alcázar; Román Alberca Lorente, alcazareño, la figura intelectual de Murcia; Pedro Escudero, Juan Nieto y Manolo Ortiz.

Nadie dirá que no es esta una buena parte de la flor y nata de la villa en el momento que los retrataron, hacia el año 1932, con motivo de una conferencia de D. Román en el teatro de Cristóbal, seguida de cena en el bar de Macario Raboso, en cuya terraza se hizo la fotografía.



Agrupación Artística "Cervantes"

En el fascículo IX se publicó una fotografía poco informada de esta Agrupación. Hoy podemos agregarle algunos detalles gracias a la amabilidad de Mariano Romero que forma con Bermejo la pareja de supervivientes de aquella tropilla, cuyas primeras actuaciones fueron en el Teatro Principal por el 1907, representando "Marinos en tierra" y "La lucha", con tan buena acogida que se entusiasmaron y formaron la sociedad de la que fue presidente honorario D. Luis Espadero.

Los ensayos los hacían en los frailes franciscanos y las representaciones en el Teatro Moderno, que fueron muy numerosas y variadas: zarzuelas, dramas y juguetes cómicos, incluso dos aportaciones de autores locales, "Esperanza triste", de Emilio Paniagua y una mascarada de Mariano Romero



titulada, "El Doctor Diñarla", representada varias veces, nada menos que por Manuel Paniagua, Ramón Díaz y Julián Tejero, terminando con ello la sociedad, porque después de eso, ¿qué podía venir?

No tuvieron colaboración femenina local, naturalmente, trayéndola contratada cada vez que tenían que actuar.

Se reproduce esta fotografía hecha el 1914 que con la publicada anteriormente da una idea bastante aproximada del sexo feo del grupo. Son muy conocidos, pero Mariano, para mas claridad, ha tenido a bien rotular a cada uno de su puño y letra. Si alguien no lo entiende puede preguntar en cualquier botica que poseen el secreto de descifrar lo indescifrable.



SURGIO de una de esas tertulias que se forman en el Casino, desde luego numerosa, en las que los amigos se reúnen a echar la partida y comentar la

La Peña

Marcos

actualidad. De ella formaban parte los hermanos Iniesta y como consecuencia de su amistad con el gran barítono Marcos Redondo, al venir éste a Alcázar y juntarse en la reunión, el entusiasmo y la simpatía hacia el célebre cantante, motivó que la cuadrilla empezara a llamarse Peña Marcos y quisiera hacer algo que enalteciera su figura y su arte.

Marcos había venido por aquí mucho antes, sobre el año 16, y hecho muy buenas amistades.

El es andaluz, de Pozoblanco, pero desde pequeño vivió en Ciudad Real, cantando desde chico en el coro de la Catedral, donde también lo hacía Gundemaro Iniesta, engendrándose la amistad que al coincidir en Alcázar había de dar lugar al nacimiento de esta Peña.

En la Catedral los conoció D. Daniel, el cura de Santa María y por él y por Emiliete Ortega, empezó a venir a Alcázar y a relacionarse con Juan de Dios el Basto -Juan de Dios Mazuecos Escobar- que fue su amistad más entrañable, recosida con sartas de chorizos y buenos tragos a boca tinaja, arriba del empotrado.

La constitución de esta Peña y sus actuaciones es una de las pruebas concluyentes de que Alcázar no ha estado falto a ninguno de los aspectos del arte, pues su aspecto lírico, que hubiera sido el más difícil de cultivar aquí, halló en esta Peña y en sus continuaciones -la Beni como compositora, Murcia como director artístico y autor, Mari cantora, etc.- un magnífico exponente de la buena afición alcazareña, decidida, desinteresada y entusiasta.

La Peña afianzó el recuerdo del ilustre

barítono, dándole carácter de permanencia, extendió sus simpatías e hizo incontables sus amistades, motivos por los que el año 1930 vino con toda la Compañía y dió dos funciones en el teatro de Cristóbal, representando "La Rosa del Azafrán" y "La Parranda" con una brillantez tan desusada y un entusiasmo tan grande que la gente no salía de su asombro y los aficionados se animaron a imitar aquella grandeza y participar de su gloria. Y llevados de su entusiasmo



Conocida, popular y excelente rondalla que fue alma de la Peña Marcos. Antonio Sanz, Manolo González, Manolo Iniesta, Manolo Cerro, Ciriaco Felipe, Martiniano Moya, Domingo Moya, Falco, Gundemaro Iniesta, Jesús Felipe y Maximino Castillejo.

formaron un conjunto tan extraordinario que hasta mentira parecía que pudiera haberse alcanzado en un medio tan carente de recursos y de preparación, pero el entusiasmo y la voluntad lo suplieron todo y llegó a representarse LA ALSACIANA con un éxito completo y un esplendor nunca

visto, como se aprecia en esa fotografía que parece de un gran escenario madrileño en un final de fiesta extraordinario. Los que están en el escenario son, desde abajo y de izquierda a derecha, sentados, Faico, el mayor de los Romaneros. Tambores: Carmen Cenjor, la mayor de Jesús; Agustina Serrano, María Felipe, del Romanero; Domingo Moya, Lolilla, la de Jesús el Reposero; Pepita Muñoz, Catalina Crespo y Vicente Carrazoni.

Sentados, segunda fila:



Francisco Garrido, el pescadero; Martínez Monreal, Moisés Mata, Rosario Guerrero, principal cantante; Manolo Iniesta, principal protagonista.

De pie Manolo Cerro, Alfonso Martínez, Manolo Gallego, Hermenegildo Monedero, Martiniano Moya, Primitiva Serrano, la del camarero; Teresa Candelas, Pilar Hernández, Nieves Bella, la del garaje; Beatriz Moya y detrás de ella Enrique Díaz, Pelerina; Adoración García, Gerardo Oliver, Emilia Paniagua, Lorenza

de Francisco, Sebastián Romero, Bienvenida Logroño, Angel Rivera, Presentación Serrano, Gregorio Perales, barítono, impresor de Puebla; la hija de Pedro Arias, desconocida, Carmela Díaz, Manolo Muñoz, José Romero, Pajarillo.

Ultima fila: Manolito Paniagua, Eulalio Barco, Roberto Sáiz, Gundemaro Iniesta, Alfonso Cenjor, Daniel Serrano, Fernando Illescas y Paquillo Barco.

En la ventana los hermanos Bravo y Pepe Jiménez.

El decorado representa el primer cuadro de "La Alsaciana".

El entusiasmo despertado por estas actuaciones fue tan importante que no se ha extinguido y a ello se sumó la antigua, prolongada y meritoria labor de la Agrupación Artística Alcazareña, que en mas de quince años no arrió el pabellón de la buena afición teatral, sostenido por Paco Murcia, actor y autor de condiciones y vocación que como sus compañeros de agrupación en todo encontraban motivo para organizar un beneficio con tal de salir a escena.

De todas estas agrupaciones van quedando siempre, mas o menos solitarios, los que tienen mas afición, que con uno u otro carácter se allegan a los grupos nacies y Paco Murcia, que tan en serio tomó lo de actuar y dirigir la escena, representando dramas y comedias, se contagié fácilmente de los lirismos de los Marquisitas y se metió en la zarzuela como actor y libretista de nuestra compositora Beni Conscience, haciendo varias obras que nuestro público y el de alrededor presenció complacido y aplaudió con entusiasmo, entre ellas, "Gloria, la de Embajadores", "Lo quiso así San Isidro", "El hombre que vivió dos horas", "Lo mío es para tí", "Los Vivales", "Titiritaina", "Eran 7 enanitos", etc. En todo ésto halló oportunidad de ejercitar su buena voz la joven, Mari Monreal, el "cantaor", Palmeño Requena y otros varios.

Después de varias visitas de Marcos en el curso de 15 años, haciendo "bolos" como llaman los cómicos a sus salidas por los pueblos, para actuar y recaudar fondos, vino el año 1930 con toda la Compañía, los días 28 y 29 de Julio, a representar LA PARRANDA y LA ROSA DEL AZAFRAN, al precio de cuatro pesetas butaca despertando tal entusiasmo, que fue cuando se constituyó la Peña de su nombre, y se hizo esta fotografía en la que figuran, arriba, solo en camisa, José Jiménez, el cuñado de Bolua. Segunda fila: Alfonso Cenjor y un chico de la María de Cenjor.

Tercera fila: D. Pedro Rivas (el cura Rabín), Jesús Cordero, Ataulfo Sáiz, Gumersindo Alberca, Pepe Rubio, Gundemaro Iniesta, un actor que se parece a Lorenzo Requena, D. Angel Abengózar (el cura Piñón), un actor con gafas y otro sin ellas, y a continuación el actor cómico Manolito Hernández, pequeño, regordete y con lazo; Manolo Iniesta, Jesús Barrilero y otros actores.

Cuarta fila: Manuel González, Manolo Sáiz y Antoñito Galera, hijo del Coronel Galera.

Sentados: El director de orquesta Augusto G. Vela, Emiliete Ortega, una actriz de coro, María Téllez, tiple cómica; Marcos Redondo, la actriz de carácter de la Compañía, Eduardo Marcén, director; Eduardo el Sacristán (Eduardo Flores Díaz) y Angel Soubriet.

En el suelo: Manuel Cencerrado, Juan de Dios el Basto, al que Marcos tira de las orejas; Moisés Mata y Ramón Santoncha, también director de orquesta.

De la visita de Marcos Redondo, en el año 44, existe esta fotografía. De pie, empezando por la izquierda, está Candiales (Gregorio Córdoba Campo), Francisco Maldonado, José Antonio Piñón, Juan Sánchez Junquillo, Arturo Castellanos, Manolo Sáiz, Gundemaro Iniesta, Esteban Vela y dos artistas de la Compañía.

Sentados, Guillermo Castellanos, D. Mario el Jefe de Policía; D. Estanislao, el Secretario; Bonifacio Romero, Marcos Redondo, el Comandante Montes, Antonio Ortega, Jonás Muñoz, Emiliete Ortega, el chico; Blas el Basto y Manolo Iniesta.

Los chicos son Leandro y Miguel Julián Barrilero y las mujeres Sebastiana Román y Bernarda Tejado Pedrero.

La comida se dió en casa de doña Remedios y la fotografía está hecha en el patio



Beni Conscience

La musiquilla popular se le pegó al oído como les pasó a varios de nuestros músicos mas nombrados, que lo fueron mas de sentimiento e intuición que de conocimiento y dominio. De ello es ejemplo, en lo antiguo, D. Federico Chueca y en lo moderno D. Jacinto Guerrero. Música cordial, melodiosa y efusiva que estimula y levanta el ánimo poniéndonos siempre alegres y contentos, santa cualidad que a todos nos ha hecho sentir íntimo regocijo escuchando nuestras tonadillas o tataréandolas, como se siente la marcialidad castrense o el aire y arrojo torero al compás de nuestros pasodobles.

Y así fue, o debió ser y así lo da a entender ella con ese título de sentido fatalista o sobrenatural de su obra mas celebrada "Lo quiso así San Isidro", ante lo cual la resignación es obligada y forzosa.

Cogida de la mano de los músicos de zarzuelas fue haciendo pinos y llegó a soltarse y andar sola, con la natural alegría de la familia alcazareña que veía





Beni Conscience, la compositora alcazareña, con los atavíos de La Mancha, vistosos y espléndidos, pero que no le pegan, porque hasta de ellos sale lo que lleva dentro, el espíritu bullanguero y retozón de los madriles que da a sus zarzuelas luego.

brotarle un vástago en el campo de la composición musical por el que pocos o casi nadie, salvo el Cantero, se habían aventurado.

Con el entusiasmo de los primeros pasos y la valentía de no haber sufrido caídas dañinas, siguió andando y ha reunido hasta la presente el hermoso ramillete de que se habla en el texto, que es de suponer se siga enriqueciendo con lo que el tiempo y las circunstancias le vayan sugiriendo al espíritu creador de esta singular alcazareña en la que hay que lamentar, como en algunos otros casos, la falta de formación previa y orientación para que sus condiciones naturales, tan excelentes, hubieran dado todo lo suyo, pero como aquí somos de buena conformidad nos contentamos con lo que tenemos. Y sin pedirle peras al olmo, seguimos esperando siempre algo extraordinario de los nuestros y que ellos se las compongan como puedan y Beni lo dará, no hay duda.



UNGIDA con el poder mágico de la gracia sobrenatural que se hizo notar hasta en el vientre de su madre, no echa de menos la preparación ni puede aspirar a más porque tiene lo máximo, lo que Dios le dió, que le brota espontáneo desde antes de tener uso de razón que ya sintió el impulso de cantar donde se la oyera y sus propios padres, atemorizados de que pudiera pasarle algo si nó satisfacía aquella necesidad, realizaron las gestiones más atrevidas, como la de detener la procesión para que la niña, de dos años, le cantara a la imagen.

Alrededor de Mary hay una atmósfera de superstición y misterio, de sutiles espíritus con poderes ocultos, desconocidos, de los que ella es mito, algo como una fuerza ultraterrena, ensordecida por una lejanía infinita, como el trueno rumoroso y prolongado de la nube remota.

Mary no es artista ni lo desea. Mary es la encarnación de una gracia misteriosa que vino a manifestarse en un hogar artesano a modo de lo que pasó en Belén y así como

Mary Monreal

en otros casos ocurre que los seres humanos resultan investidos de poderes mágicos para remediar dolencias de los cuerpos, esta singular criatura ha sido favorecida con el don de encantar a cuantos la escuchan, a partir de su propio hogar, aureolado de ese poder y de sus propios padres, deslumbrados y rendidos a la gracia especial con que nació de cantar y encantar con la misma unción que si musitara oraciones ignoradas para salvarle la vida a los poseídos por ocultos espíritus del mal. Este poder es efectivo y real y se extiende a la familia y amigos que le forman como un halo de veneración del

que son principales mantenedores el alma gitana de Domingo Parra, que aún doblado y concentrado en el cante y en la guitarra, como se ve en la fotografía, se adivinan los destellos de sus ojos verdes abiertos a la admiración y Reces Casero, el morenito bailarín, de encendido mirar, que lleva en la sangre las reminiscencias ancestrales de la raza.

Desde la torre del Ayuntamiento, quitado en mal hora, se podría ver el corral de La Tercia en día de fiesta, como se ven las cuevas del Sacromonte y los patios del Albaicín, en plena zambra, desde los torreones de la Alhambra. Es el lugar de desgranar Domingo las notas de su vihuela, cerca el jarrete y arrinconada ya la sartén de la consumida fritanga. Al compás de zapateos y palmas, la garganta bruja de Mary echaría a los cuatro vientos, conmovida de emoción, los ecos del alma alcazareña, dolorida, conforme a la fuerza con su descontento, recelosa y cándida, impulsiva y abandonada, crédula y escéptica, vacilante y temerosa de su decisión que se pierde en el oleaje de las dudas menos transcendentales.

Quedará memoria de este ruiseñor alcazareño que hubiera necesitado el aire libre del espacioso bosque, en lugar del confinado de la jaula de la cautividad, para difundir por los espa-



cios los trinos de su garganta. Y la quedará también de estos Barateros, de estos Romaneros, de estos Parra, Reces, Aníbales, Rabines, Palmeños y de cuantos han contribuido con ellos a expansionar el espíritu alcazareño, ennobleciendo nuestra vida y haciéndola mas grata. Ya, a pesar de su juventud, tienen un lugar preferente en la memoria de sus paisanos que cuentan con ellos para todo y después evocarán su recuerdo a cada paso.



La sogá tras el caldero

Máximo, el barbero, tenía unos andares poco marciales, pero tan pausados y seguros que nunca se caía; las caídas las tenía de caletre y de expresión y un día llevó albañiles y estaba mirando al chico del corte como llenaba las espuertas de escombros y las tiraba a la calle por el hueco abierto para poner un antepecho. Le desesperó la lentitud y la torpeza del muchacho y uniendo la acción a la palabra, exclamó:

—No, hombre, no, eso se hace así. Llenó la espuerta en un periquete y la lanzó con tal fuerza que cayó él detrás en el montón de cascotes y tardó mucho en poder sostenerse otra vez sobre sus pinreles.



CUANDO el entusiasmo se desborda se puede realizar todo y todo sale bien y esta Peña, que pasaba por los momentos de mayor euforia, apercebida de lo que se llevaba en Madrid, organizó el primer concurso de vestidos baratos, a duro la pieza, fiesta modisteril, de aire verbenero, que habla de la Florida, de Chamberí o de las Vistillas, en los días jaraneros del patrón del barrio, que es como en cualquier pueblo los días de feria, que se divierten los de dentro y los de al lado.

Fue una idea feliz de la Peña Marcos, cuya realización acertada dió mucho realce a la feria del año treinta y tres. Los talleres de modistas vivieron unos días de singular entusiasmo, la alegría juvenil se enseñoreó de todo y culminó en una fiesta magnífica para la exhibición de modelos y concesión de premios.

Es lamentable que no podamos detallar todas las menudencias de esta fiesta tan simpática y deberán perdonarnos las hermanas Zarceño, la Apolinara, la



Crisanta, Rafael Lizcano, Manolo Cencerrado y cuantos se han molestado para concretar los detalles de cada concursante en honor de la historia de nuestro pueblo, que el recuerdo quede reducido a una síntesis de los detalles mas salientes, pues las veinte páginas que habíamos reservado a estas "Manifestaciones Vitales de la Villa" no dan mas de sí y forzosamente hemos de terminar.

En el concurso del año 33 resultaron premiadas Micaela Zarceño, María Serrano y Ramona Barrios.

La rondalla de la Peña Marcos y los coros de la Agrupación Artística tuvieron una actuación brillantísima y el pueblo entero, que asistió a estos actos, tuvo un día de singular regocijo.

Todas las personas que tenían coche lo cedieron para llevar a los pobres al "Salón Cervantes" donde se les sirvió una buena comida.

La fiesta produjo una satisfacción tan grande y dejó tan buen sabor de boca que se repitió al año siguiente, aunque sin la intervención de la Peña Marcos. En este segundo concurso fueron premiadas, Guadalupe Tolosa, Angelita Monedero y Antoñita Bascuñana.

En cada uno de los dos certámenes se presentaron alrededor de veinticinco modelos a cual mas espléndido y en ninguno de los casos alcanzó su importe las cinco pesetas.

Lo real y lo figurado

Laurentino Manzaneque, que es un campesino muy observador y narrador gráfico de los episodios que presencia, cuenta que con motivo de haber aumentado el número de estudiantes y de interesarse por la instrucción personas que antes no lo hacían, se dió hace poco el caso siguiente:

En el grupo de aspirantes a bachilleres estaba Santiaguito, muchacho poquita cosa pero vivo y de expresión risueña.

Fueron a examinarse a Valdepeñas y volvieron contentos. Entre las familias se entabla el consabido pugilato con el tuyo y con el mío. La madre del protagonista intriga con lo que vale su niño, lo vivo que es, que las caza en el aire y de entendimiento... no digamos. Se repasaron infinidad de veces las calificaciones en todas las casas. Santiago echó fuera el año pero con calificaciones bajas, de 5 y 6, un solo 7. Los demás le superaron. La madre comentaba con los íntimos que su chico era tímido, que le faltaba frescura. ¿No ves fulanito y manganito que no son mas que tú y han tenido nueve y matrículas? sobre todo perengano que tiene cara de fraile bobo.

El chico acobardado trata de justificarse y dice:

—¡Pero madre, es que esos llevaban chuletas!

— ¡Mira, de eso te podrás quejar! ¡No llevabas chuletas, pero buena merendera te puse de chorizos y tajadas!

Merzas sensibles

Cuando se estaba repartiendo el libro anterior, con una diferencia de horas, desaparecieron dos de los apodosos más resonantes de la nomenclatura alcazareña: Ganchín, -Pedro Angel Mazuecos García- y Cucala, -Inocente Ortiz Carretero-, ejemplares genuinos de nuestra raza que es un deber unir a la larga y esclarecida lista de motes excelentes que figuran en distintas páginas de esta obra.

De Ganchín se publicó una fotografía en el fascículo XII, sentado con Rabín, -Victoriano Rivas Monje-, y unas mujeres en la puerta de su casa.

De Cucala existe el cuadro de Isidro Parra que perpetuará su recuerdo.

Este par de sujetos gozaron plenamente la vida regocijada de fin de siglo que instauraron nuestros abuelos, tomando a broma su miseria y la sostuvieron mientras el cuerpo aguantó.

Eran de los que en la Pascua y en la Feria salían de sus casas diciendo que se iban de quintería y no volvían hasta que pasaban las fiestas, hallando tan buena acogida en las tabernas del Paseo y de la Plaza que ni pagaban lo que consumían, haciéndolo los que estaban en ellas admirados del humor y de la sans-façon de que hacían gala.

Seguro que no se han llevado ninguna pena y que el viaje les salió por una frioleira, tomado en el sentido de broma y chirigota que les era habitual.

De desear es que no les haya fallado la puntería a última hora y que la hayan conservado tan certera como la tuvieron en vida para divertirse y agradar a los demás.



EL INJERTO COMERCIAL

Con este nombre pusieron en el Campo una tienda mixta, bien surtida de frutas y hortalizas.

El maestro de escuela D. Domingo se ocupaba mucho de los temas de agricultura y

un día explicó minuciosamente los injertos, sus motivos y beneficios.

Las respuestas que le daban los muchachos eran claras de no haberlo comprendido; la mayoría callaban y algunos respondían equivocadamente.

Por fin se levantó uno y alzó el brazo.

El maestro cachazudamente dice:

—Vamos a ver, Sr. Gómez, diga usted a estos ignorantes lo que es un injerto.

—Sr. Maestro, un injerto, un injerto... es una tienda con muchos sacos de patatas.

¿QUE MAS DA?

El tío Braulio era un hombre optimista, de 1'90 de alto y 120 kilos de peso.

El año de la vendimia grande, cuando Primo de Rivera obligó a que se ocuparan todos los envases y puso trenes para el transporte de la uva, los gañanes alimentaban su queja habitual diciendo lo corta que sería la cosecha siguiente, por no ser probable que se den dos cosechas grandes seguidas.

El tío Braulio negaba el cansancio de la planta y de la tierra y para demostrarlo aducía su ejemplo, exhibiendo su corpulencia.

—Me parió a mí mi madre el año 70; pues bueno, el 71 tuvo dos medios.



PEPE TORIBIO

Al comentar en el fascículo XIV una serie de noticias retrospectivas publicadas por él en EL DESPERTAR y acusarle recibo de la colección del periódico que quiso entregarme, dije que cuando el hombre se desprende de los tesoros de su alma es porque hay en él una zozobra misteriosa, ignorada pero efectiva, que le lleva a buscar amparo, como el avecilla lo busca para depositar el huevo que, incubado, debe continuarla.

Los dos gozábamos de idéntica salud y hablamos varias veces después, hasta unos días antes de morir, sin que se aludiera para nada a mi fatal augurio.

Inesperadamente me llegó la noticia de su gravedad y las circunstancias se entrelazaron de forma que no pudiéramos vernos.

Pero nos seguiremos relacionando. Esto no pasa de ser la mención simple de un episodio sensible. En general cuando el hombre muere ya ha cumplido su misión y queda lo realizado por él para seguir dialogando con lo que los supervivientes puedan llevar a cabo, formando el acervo común que es, en fin de cuentas, lo que en esta obra se intenta conocer: el alcazareño, su vida y su tierra. Y en este sentido habrá mucho que decir del amigo desaparecido, como símbolo de nuestro carácter, de conocimiento necesario para su valoración.

Se resiste a mi propósito y sobre todo a mi sentimiento, hacer un responso de esquela mortuoria y echarle tierra al muerto con su corona de flores artificiales. Eso ya lo harán Engalgaliebres y Román. Yo no puedo considerar muerto a Toribio, como no considero muerto a Emilio Paniagua, a Estrella, a D. Magdaleno y a tantos paisanos en los que veo la encarnación de nuestra raza y cuyos alientos percibo de continuo en nuestro vivir. Ni a él le agradaría que como a muerto lo olvidara, porque si me trajo los periódicos no fue para guardarlos y que se pudrieran aquí, sino para que los removiera ahuyentando las polillas y hablara de ellos y de él. Y yo acataré su inconfesada pero manifiesta voluntad, que es lo que en realidad hay que respetar de los muertos, su voluntad última.

Nos lo seguiremos encontrando a cada paso, porque sus actos brotarán de la misma raíz de este trabajo inmarchitable y surgirán frescos, jugosos, con vivacidad pulsátil y no lo podremos olvidar igual que en vida, que cuando parecía mas quieto o silencioso escribía desde La Coruña, desde Cádiz o desde Barcelona, en una de esas huidas íntimas que fueron sosiego de su espíritu y estímulo de su imaginación en los años últimos. Seguiremos hablándole con la cordialidad y la franqueza de siempre. Seguiremos contando con él como era su gusto y dedicándole el pensamiento vivo que necesita y apetecería para mediar en las cosas de Alcázar, que fue su derivación predilecta, preocupación muchas veces y alivio y consuelo siempre.

Frutos
de la
tierra

BLAS, EL BASTO

*



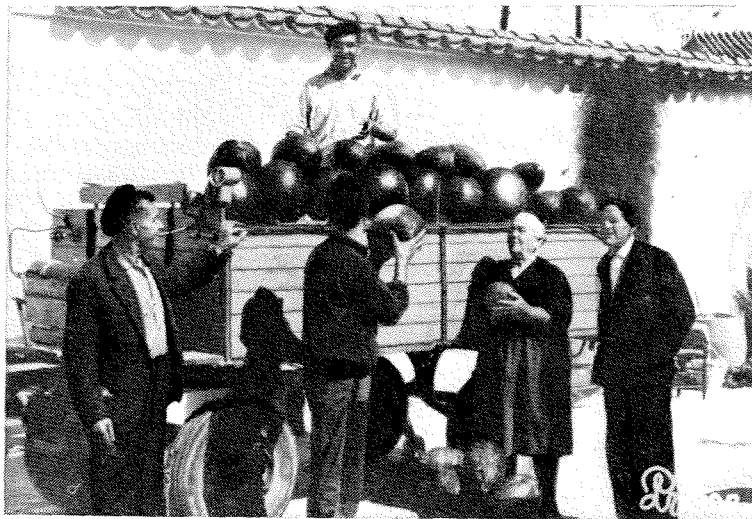
Lleva el nombre de su abuelo paterno, el nombre y el apodo, cuya herencia le cogió de lleno. Es mucho mas Basto que su padre, al que también se lo decían. Visto ahí, debajo de los arreos, tiene ya toda la traza de nuestros abuelos viejos, cetrino, caviloso, con el estómago metido, condolido y el gesto pronto a la respuesta terminante, agachado como el hermano Borrego, pero satisfecho de sus atalajes. Juan de Dios, su padre, era rebajote, pero mas recio, mas tieso y con otro semblante, mas colorado y risueño, aunque sin negar la pinta, que asoma por doquier, porque un día de esos que estás hasta la coronilla, se me presentó a mí la Gabina de Borrego con paños calientes. Le respondí y seguí a lo que iba. Ella, que había conocido a los viejos, me soltó por la espalda esta expresión definitiva:

Blas, el Basto -Blas Mazuecos G.- Comino-, que ya va siendo el tío Blas, coronado por las guarniciones de sus yuntas, que son honor y orgullo de todo hombre trabajador.

—¡Ay!, qué tío Basto eres, ¡releche!

De su hermano Angel, que gozó fama de sociable, decían sus allegados que sí, pero que el genio no lo podía remediar y el primer pronto no había quien se lo quitara, rasgos que a Blas no le faltan, como no le falta la rusticidad y la tenacidad a las cuales debe estos frutos de semilla seleccionada y de tierra bien cuidada que son el asombro y el deleite de propios y extraños. La gente se maravilla de verlos y piensa, como siempre, en el misterio, en lo que les echará y en lo que les hará, en los polvos de la hermana Celestina, pero el secreto está claro y bien difundido, échale a tu tela buen hilo y a tu hija buen marido, que ni que la cases en martes o en domingo...; les echa la casta, lo que le viene de nación, la tierra mullida de siglos, la que removió el abuelo Facó y siguieron volteando el tío Basto, el tío Borrego, el tío Rufao, Catrado, Benito, el Orejón, el Cotorro, Choca y toda su descendencia.

Hay otros cultivadores finos que se sienten estimulados por los logros de Blas, incluso sus linderos, los del otro Basto, Juanillo,



Blas, preparando el carguío de melones para la Plaza con la Rumalda, los chicos y José Antonio Piñón -José Antonio Abengózar Sánchez, el de la Petrilla-, otro cenecio del lugar, vecino también de Las Cuadrillas y melonero desde que Jesús Piñón, su padre, sembró aquello de la Vega Giguéla el año 1916, que fue nombrado y sigue sonando todavía.

hijos de la Margarita Mazuecos, José Antonio Piñón y varios mas del camino de Carrasardina, que tienen siempre clases especiales, pero sin echarle la pata, que es lo que ellos quisieran, lo que agrada y mantiene el espíritu alegre en el trabajo, el juego, el amor propio, que aspira a la calidad, pero

nada, que Blas se mantiene campeón año tras año con sus melones y sandías de 10 a 20 kilos, aunque no llueva en todo el año y si no llueve, mejor para su sabor. Y entre todos mantienen ya el crédito de nuestros melones por encima de los del Tomelloso, aunque diga Dionisio el de la Calabaina que si fue que si vino.

Por lo del estómago y por tener chicos, le sacó Blas un poco el cuerpo al trabajo y se hizo casinero, como su padre, apegado al pito y "rondaor". No va de caza todos los días pero va. No canta como otros, pero las mata callando. Nada de eso, sin embargo le ha impedido estar el primero todos los días en el corte y dar el empujón de la mañana que es el que vale. Su "afogo" en el trabajo y ese ansia o avaricia en la labor le vienen de su padre y de toda la casta.

Su mujer, la Rumalda, es hija de Lázaro Lagos y tiene sangre Basta por su madre, la Eusebia de Cotorro, pero le pasa lo contrario que a Blas, sacó poco de Bastedad, es mas a la manta de arriba y posee todas las condiciones de buen carácter, tolerancia y conformidad necesarias para mantener el equilibrio, aún en los temporales mas revueltos, verdadera bendición del cielo en toda vida matrimonial.

En el trajín de los melones de bandera toma parte toda la familia y ahí están con los amos dos de los chicos, -Lorenzo y Blas-, y Piñón, que anda a la husma de los polvos que crían esas sandías, porque él, que ha puesto todo su interés, no les llega, aunque ya veremos, porque con el tiempo ¿quien sabe?

Entre la longevidad relativa de las cosas humanas, todas perecederas, son los conventos los

que mas pueden ufanarse de su permanencia. Es la ventaja de su impersonificación, la de vivir mas que cualquiera de las personas que contribuyeron a fundarlos. Un monje sustituye a otro y la casa sigue indefinidamente cumpliendo su misión.

Alguna vez un religioso realiza una labor creadora, genial y pasa a la posteridad con el sello de la inmortalidad: Feijoo, Tirso, Calderón, Teresa de Cepeda, San Juan de la Cruz, o bien su vida mística y ascética queda como ejemplo de la Humanidad: San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, San Pedro de Alcántara, etc. y el convento llega a ser conocido por el nombre del monje al que albergó.

El nuestro tomó nombre de su país: la dulce Francia.

Una orden muy doméstica, familiar, encabezada con el nombre de la Familia Sagrada, fundada por un espíritu abacial, maternal en grado superlativo, brotado de la feracísima campiña francesa, en Villefranche de Bourge, la bienaventurada Emilia de Rodat, hizo su aparición en Alcázar inesperadamente y al verse por aquí unas monjas, con las que no había modo de entenderse por el habla, el choque del idioma, inmediato al encuentro, dió nombre a la casa y a sus moradores y ese será ya siempre el nombre de este colegio, el de LAS MONJAS FRANCESAS, instalado hoy en aquella casa que levantó en el solar de la de Guerrero el espíritu espléndido de D. Oliverio.

Sobre ese cierto grado de ensimismamiento y lejanía que da la religiosidad, aquellas monjas tenían la doble distancia del idioma, apenas acortada por el gesto amable, la sonrisa o la reverencia y todavía nos parece verlas, tan delicadas, finas, espiritualizadas, de piel blanquísima, caminando como sombras, en un grado de apartamiento casi inconcebible.

Al llegar a España se habían instalado en

MÆSTROS ANTIGUOS

Las Monjas Francesas

uno de esos pueblos claros de Andalucía a los que da apellido común, sin necesidad de nom-

brarse, el río, que allí lo es todo, en Villa del Río y como la gente de Herencia, baja y sube mucho por Andalucía, llegaron a instalarse también en este vecino pueblo que las obligó a conocer el nuestro al paso y establecer contacto con algunas personas que se ignoran pero que las indujeron a fundar aquí.

Al frente de las hermanas venía, canalizando la savia de la orden, el espíritu abnegado de la madre Albertina, de sandalia incansable y resolución firme que ya permitía presagiar desde el principio que la obra florecería y daría fruto.

Surgió con este motivo la eterna pugna, la cuña de la misma madera y como la madre Albertina tuvo el apoyo del P. Pedro, el Grande, hubo un P. Franciscano que patrocinó a otras monjas de la Divina Pastora, con buena aportación de dineros, además, para que lograsen la preferencia en su instalación. El cariño de madre Albertina por la fundación no pudo adolecerse, como Licio el enamorado, de faltarle un competidor mas poderoso que él, pues que lo tuvo desde el principio, pero ella, imbuída por la fe y sin mas base que el beneplácito episcopal que le había sido concedido de palabra con anterioridad, taló por todas partes, viajó,

indagó, gestionó, mantuvo su posición con limpia austeridad y con la firmeza de los convencidos, deponiendo incluso su deseo ardiente de establecerse en Alcázar, exclamó: "laissons agir en tout la Divine Providence. Le vut de cette fondation est de procurer la gloire de Dieu. S'il est dans ses desseins que d'austres religieuses procurent sa gloire et fassent le bien, que sainte volonté soit faite. Je crois avoir fait mon possible pour favoriser la fondation".

Pero a pesar de esta creencia, de haber hecho todo lo que estaba de su parte para favorecer la fundación, no se durmió y redobló sus esfuerzos para que no le pisaran la plaza, hasta poner al Obispo en el trance de discernir sobre el orden de prelación en la petición de apertura del Colegio y que les preguntara si renunciaban a la fundación, faltas de los recursos necesarios para establecerse. Entonces Madre Albertina, tuvo una de esas salidas irrefutables, a lo Cardenal Cisneros, que dejó perplejo al Sr. Obispo: "Es verdad, dijo, que la Sagrada Familia es pobre, pero también lo es que la Divina Providencia no la ha abandonado nunca y con ella contamos en la presente circunstancia".

Decidida a buscar local se entrevista en Alcázar con los curas y algunas personas influyentes que no obstante su cortesía dejaron entrever su indiferencia y dijeron concretamente: "las

religiosas de la Divina Pastora aportan 20.000 pesetas ¿Cual sería vuestra aportación?"

Madre Albertina, imperturbable, humilde, responde: "le personnel et notre bonne volonté, voilà les ressources qui sont a notre disposition". Y se fue a Herencia fatigada y preocupada expresando ante la Comunidad que Dios solamente había sido su protector en aquella circunstancia y que creía que se haría la fundación en Alcázar.

Unos días después vuelve de Herencia y se entrevista con D. Daniel, el cura párroco de Santa María, visitando en su compañía varios locales de la Villa. Desde ese momento D. Daniel fue decidido partidario de la fundación y Madre Albertina depositó en él toda su confianza entregándole incluso, mas tarde, el dinero que recibió de la Casa Madre para gastos de obra.

No por eso dejaron de surgir dificultades. Decidida la compra de la casa de un D. Antonio que no se ha podido averiguar, al ir a hacer la escritura, el dueño se retractó de la palabra dada quince días antes, pero este inconveniente se trocó en ventaja; reanudada la busca de locales por el sacerdote y la monja, decidieron alquilar por diez años la casa de D. Juan Castellanos en la calle de San Francisco, acordándose las cláusulas del contrato entre D. Daniel y el propietario de la casa; el alquiler 100 pesetas por mes y los gastos de adaptación e instalación por cuenta de la Comunidad, reservándose el propietario el granero que hubiera cedido, sin embargo, si el inquilino hubiera aumentado el precio del alquiler.

D. Daniel dirigió las obras de adaptación no tomando ninguna determinación sin el consejo previo de Madre Albertina, pero en esto sobrevino nueva y mas ruda prueba: cuando mas necesaria era la Madre, el 7 de Agosto de 1911, después de dos días de enfermedad, sucumbió a una fluxión de Poitrine (pulmonía), en el momento preciso que las tropas francesas efectuaban la movilización para la defensa de su patria.

Las comunicaciones con la Casa Madre quedaron interrumpidas por algún tiempo a causa de la guerra.

Don Daniel no se desconcertó seguro de

que las decisiones tomadas de acuerdo con Madre Albertina serían confirmadas por la Casa Madre.

Para consuelo de las monjas vino de visita la Madre Hellene de Jesús estimulando al párroco a continuar la obra y las monjas de Herencia transmitieron a D. Daniel las intenciones de las Madres, una vez restablecida la correspondencia con Francia.

El 10 de Septiembre de 1914 las Madres designaron a Madre Hellene de Jesús para terminar la reparación en tanto que llegaban las Hermanas de Francia que debían formar la Comunidad naciente. Dos religiosas de Herencia vinieron a Alcázar después para estar unos días con ella.

El 22 de Septiembre la Madre Ana del Sagrado Corazón, delegada de la Casa Madre para visitar las Casas de España y para designar en Herencia una nueva superiora designa a la Madre Helena superiora de la nueva fundación de Alcázar y a ella se agregaron las Hermanas Eufrosina, Solange, Alype y Adela, venidas de Esterry; Sor Alfonsina, venida de Córdoba; Sor Isidora, de Herencia, formando la Comunidad naciente que debería agrandarse bien pronto por el considerable número de alumnos y así, a finales de ese mismo año, vinieron de Francia a colaborar en la obra las Hermanas María Cheonie y María de San Juan Bautista y el mes de Marzo del año siguiente Sor Virginia elevando a diez la cifra del personal.

Al abrirse el colegio el día 4 de Octubre lo hizo con tres clases establecidas, una de pequeños de 3 a 7 años de ambos sexos.

Una clase popular y otra distinguida. La última con cuotas de cinco pesetas por mes y la popular tres pesetas y dos los párvulos.

En Enero siguiente se abrió otra clase para los niños de familias pobres con la subvención municipal de 1.000 pesetas debida a la influencia de D. José Ortiz, que había sido de los primeros en confiarles la educación de sus hijos.

En razón al creciente número de alumnos se dividió en dos la clase denominada de Santa María y la clase popular que se había puesto sobre la advocación de San José y una nueva Hermana se hizo cargo

de la segunda sección popular.

En 1920 el Ayuntamiento suspendió la subvención para la escuela de los niños pobres pero no por eso se despidió a los niños, sino que se les distribuyó por las demás secciones según sus edades unos con retribuciones mínimas y otros completamente gratuitos, decidiéndose entonces separar en la escuela de párvulos los niños de las niñas, aumentándose los gastos, lo que con la disminución de ingresos y el aumento general de precios, obligó a aumentar las cuotas del Colegio en una peseta de su coste mensual, quedando la clase distinguida con la cuota mensual de 6 ptas.; la popular en 4 ptas. y la infantil en 3 ptas., la clase de piano y pintura a 10 ptas. al mes y la de francés a 5 pesetas.

En Agosto de 1924, Madre Helena fue llamada telegráficamente a Córdoba para asistir a los funerales de la Madre Florencia y quedó designada para la dirección de dicha Casa que ella había colocado en situación de prosperidad en 1914. Esta separación apenó mucho a las Hermanas de Alcázar que elevaron sus preces y recibieron la seguridad de que los lazos filiales de cariño y compenetración no se quebrantarían. En realidad la casa de Alcázar fue y sigue siendo una prolongación de la casa de Córdoba y de allí vino Madre Hildegunda a reemplazar a Madre Hele-

na, en reconocimiento de su espíritu por sus superiores, por su tacto con los alumnos y de su perfecto espíritu religioso.

El 22 de Octubre de 1926 murió D. Daniel, el cura que tanto contribuyó a la fundación del Colegio de Alcázar que consideraba como *suyo* y las monjitas que veían desgajarse continuamente las ramas del árbol que transplantaron a Alcázar volvieron a elevar sus preces a Dios para que el sucesor continuara atendiendo a la Comunidad y a sus alumnos en su dirección, tan necesaria en las obras de tierra extranjera, decían.

Madre Hildegunda pudo ver en dos años la buena marcha del Colegio de Alcázar y su apreciable altura.

El 13 de Julio de 1927 se cerró la casa de Herencia y Sor Emilia de San José vino a reemplazar a Sor Hildegunda que pasó a regir la casa de Miranda de Ebro. Con este motivo hubo cambios de personal y además de la nueva directora vinieron de Herencia Sor Teresa, Sor Antonia, Sor Paulina y Sor Benedicta para sustituir a Sor Eufrosina, Sor Clementa y Sor Virginia retornadas a Francia y Sor Eleonora enviada a Córdoba.

Vinieron también con las monjas un pequeño grupo de cuatro niñas herencianas internas que despertó en la Comunidad la idea de una casa capaz para un internado numeroso que con los



Casa de la calle de San Francisco donde se instaló por vez primera el Colegio de las Monjas. Es una de las llamadas esquinas de Nieva y, en su tiempo, la primera por su situación y por su construcción, de las tres que forman la gran manzana triangular que limitan las calles de San Francisco, de la Pringue, Resa y Mediodía. Las otras dos esquinas o ángulos de este triángulo las forman el chafalán de Barco, hacia el mediodía, donde Lope tuvo la ferretería y la esquina del Chache, formada por la casa que fue de D. Gonzalo, donde estuvo tantos años la imprenta de Benigno Alaminos, entre las calles de la Tahona -nombre madrileñista-, o Independencia -nombre ochocentista-, o de la Pringue, nombre alcazareño y propio del aldeaño de la Tercia, la Posada y la Plaza y la calle de San Francisco.

Esta casa fue últimamente de D. Juan Castellanos, pero su historia debe ser otra. El escudo nobiliario de su esquina, los sillares de sus murallas y su estructura, que difieren de todo lo hecho por los alcazareños, así lo atestiguan.

Por el año 1854 fue vendida en Madrid por D. Alejandro Soler y Díaz al Excmo. Sr. D. Pedro Sainz de Andino, de Jerez de la Frontera, heredándola su hija D.^a Joaquina Sainz de Andino Villanueva, que murió en la misma residencia y pasó a don Manuel María Ceballos y Rubio de Velasco por escritura otorgada en Madrid, el cual la vendió a D. Juan Castellanos Arias en Septiembre de 1874. La casa estuvo ligada a la ciudad de los rancios vinos de Andalucía y hasta las manchas de moho de sus viejas piedras parecen concordar con las que son tradicionales de las bodgas jerezanas.

30 alumnos externos que tenían hicieran un buen contingente que merecería la atención de la Madre.

Todas las maestras se esforzaban en cumplir con conciencia y amor su misión educativa y celebraron por entonces una comunión solemnísimas con 80 alumnos y con asistencia de todos los antiguos.

El 29 de Octubre de 1928 vino por segunda vez la Madre General acompañada de la Madre Secretaria que se quedaron muy satisfechas de la regularidad de la Comunidad, del número de alumnos, de su formación, a la vista de lo cual la Rvda. Madre hizo presente su propósito de ocuparse seriamente del establecimiento definitivo de sus hijas en Alcázar. La primera palabra que dirigió a la Superiora que fue a darle la bienvenida a Madrid fue la de no querer salir de Alcázar sin haber encontrado una casa, promesa que no resultó vana pues no obstante el frío y la lluvia, las honorables Madres visitaron diversos locales que no les agradaron por no reunir las condiciones requeridas, pero el propósito fue firme y la Rvda. Madre, desde Francia, no dejó de interesarse por su cumplimiento, no ya con un interés meramente especulativo sino encomendándolo, también, a la Providencia y en Julio de 1929, Madre Theorue, llamada a hacer los ejercicios a la Casa Madre oró a los pies de Ntra. Sra. de Lourdes pidiéndole una casa para la Comunidad de Alcázar, et la bonne Mère ne tardat pas a répondre a la confiance de ses filles.

Hacia mediados de Agosto supieron que la casa de D. Mariano Martínez, la de la Tusa, en la que hizo la suya Sánchez Tembleque, en la Placeta de la Aduana, estaba en venta en el precio de 70.000 pesetas. Madre Helena, siempre a la expectativa de una buena casa en Alcázar vino de Córdoba para ayudar con su experiencia. Visitaron la casa unas y otras y cuando ya se disponía a hablar con el propietario para ultimar detalles, fueron informadas por D.^a Carolina que en aquel momento se había hecho la venta a otro comprador y en el mismo día fueron informadas de estar en venta la casa de don Oliverio Martínez, en la Placeta de Santa Quiteria en el precio de 150.000 pesetas,

ofreciendo ellas 100.000, cifra en la que se mantuvo Madre Helena.

Al final de Septiembre, tras algún cambio de impresiones, renunciaron a sus propósitos de compra hasta que el 10 de Noviembre, uno de los tres propietarios les manifestó sus deseos de vender en condiciones más ventajosas. Con el consentimiento de la Rvda. Madre y de las partes contratantes el precio quedó fijado en 125.000 pesetas pagadas en dinero a la firma de la escritura, dándose 10.000 pesetas a cuenta el 6 de Diciembre y firmándose la escritura por la Madre General el 2 de Marzo de 1930.

La entrega íntegra de las 115.000 pesetas restantes las puso en el trance de tener que recurrir a San José, como antes a la Madone de la Grotte, a pesar de la generosidad de la Mère que solo pensando en la posibilidad de una adquisición ya les había hecho en Septiembre anterior un precio-so envío de 66.252 pesetas gesto con el que demostró su interés por la Casa de Alcázar y le valió de la gratitud filial de sus hijas, el título de Mère Fondatrice.

La Madre Helena quiso también, en nombre de su Comunidad de Córdoba, ayudar a las necesidades de la Casa de Alcázar, con una aportación generosa y espontánea de 30.000 pesetas en varios años.

En 1930 faltaban 45.000 pesetas para hacer el pago



Fachada de la casa de D. Oliverio, aligerada de sus ornamentos, donde está instalado el Colegio actualmente.

íntegro y le bon sant Joseph las llevó como de la mano al hermano de la Doctrina, en Madrid, que sirvió de intermediario para que don Marcelino Adieris les prestara las 45.000 pesetas al 5 % y toda clase de facilidades para el reembolso.

Comunicado a la Madre General se quedó pendiente de que pudiera venir a Alcázar y el 25 de Febrero, apenas repuesta de la gripe y a pesar de lo riguroso del invierno llegó a Alcázar, después de haber saludado en Madrid al acreedor y al Hermano Arsenio que gestionó el préstamo. Los cinco días que permaneció en Alcázar fueron felices para la Comunidad, viniendo también Madre Helena, de Córdoba y todo el tiempo les fue corto para concertar las orientaciones futuras y la distribución mas conveniente de la casa. Trabaja-

ron activa y concienzudamente haciendo frente a los imprevistos y reparaciones restantes que consumieron 33.000 ptas., completadas con 10.000 ptas. que mandó la Superiora de Cervera, Madre Louise des Serfins, el día de la fiesta de la Sagrada Familia.

El 4 de Septiembre se inauguraron las nuevas clases, espaciosas e higiénicas, aumentándose la cuota mensual en una peseta para todos. Las internas de Herencia se fueron y no volvieron.

El 24 de Diciembre, a las seis de la tarde se bendijo la capilla y en la misa del Gallo, le Divin petit Roi, tomó posesión de su Tabernáculo. El cura expresó su gozo de ver a la Comunidad definitivamente instalada en la Parroquia de Santa Quiteria y se celebró un Tridiun de acción de gracias en los días sucesivos.

Desde 1932 vive la Comunidad un periodo de inseguridades, falto de libertad y sobrado de coacciones, que culminan en la guerra española y con las inquietudes y zozobras del momento llegaron a Francia de donde retornaron al final de la contienda reanudando su labor misional con la perse-

verancia y la abnegación propios de su ministerio y como la extinción del monje queda disimulada por la sustitución, su enseñanza perdura y su nombradía sigue, al contrario de los demás maestros reseñados en libros anteriores. Actualmente, contando con la ampliación de hace dos años, las Monjas Francesas tienen un gran colegio. No pudo encontrar mejor destino la casa de D. Oliverio, fastuosa como él y ejemplar a su modo, instructivo hasta en su presencia.

Pero lo difícil, lo duro y meritorio, son siempre las iniciaciones: roturar el campo, romper el hielo, crear la costumbre, meterse en las almas y lograr su confianza a fuerza de sacrificio y abnegación, sin más recursos que el propio ideal. Y eso es lo que hicieron aquellas monjitas que ocuparon la casa lóbrega y salitrosa de la calle de San Francisco.

¿Se puede imaginar nadie lo que la sandalia monjil, hecha al verde prado, sentiría al pisar la costra parda, seca y caliza de la estepa manchega? Solo el ideal y en este caso el temple evangélico, pueden contener el retroceso intuitivo.

Y ahí está la obra que es consecuencia de la perseverancia y de la bendición del Cielo que nunca falta al que pide de verdad, que es hacer al mismo tiempo por merecer lo que pide, que no es hablar, sino obrar, que

no es beatería, sino dolor, caridad e inteligencia.

La casa sigue, pero de aquellas monjitas delicadas, finas, espiritualizadas y de piel blanquísima, que no hablaban ni entendían el castellano, ¿cuántas quedarán? ¿Y cuántas de las alcazarías que las tuvieron por maestras las recordarán? ¿Cuales de aquellas chicas que recibieron el ejemplo de servirse de lo que aprendían para hacer el bien, recordarán a las maestras que las aleccionaron? Mas no importa cuantas ni cuales, el deber es, como quería Emilia de Rodat, que las generaciones nuevas, como los pajarillos, después de beber, levanten la cabeza para seguir bebiendo todavía y eso es lo que las monjas españolas del Colegio de las Francesas, procuran a diario al otro lado del arco seglar con su entrega a la augusta y caritativa labor de enseñar al que no sabe.



COSAS DE BERNARDO

Una noche estaba sentado en el poyo de la puerta y un rondador que pasaba le preguntó qué hacía.

—Esperando que pase mi casa para entrarme, contestó, porque todas pasan dando vueltas menos la mía.

Fue al carnaval del Campo y al sacar el billete del tren preguntó el precio. Le dijeron el importe, dos reales y replicó:

—¿Y si me apeo en el disco, no es más barato?

Estando enmaderando en casa de un amo de esos que no se separan del corte, soltó un tirante desde el tejado y voceó desde arriba:

—¡Fuera los de abajo, que se me ha caído el lapicero!

En el fascículo anterior dimos la despedida a Fernando Vizcón, siempre recordado con agradecimiento, caballero hidalgo, nacido en el rimbombante Alcoba de los Montes.

Ahora tenemos que dar la bienvenida a otro tullido, surgido, como las plantas silvestres, por donde menos se las espera, nacido en otro pueblo altisonante, Villafranca de los Caballeros y reimplantado aquí a favor de los aires familiares. Su nombre Felipe Gallego y de estado peor que el de Fernando porque no puede ni escribir, cosa que Vizcón hacía aunque con trabajo. Tiene, sin embargo, como él, la claridad mental compensadora de su estado de inacción, de la forzada ociosidad, acumuladora y creadora, que busca la satisfacción en corrientes secundarias, un poco alejadas, por inútiles, de la turbamulta de la vida, como ésta de los libros, que a nadie le sirve para nada, pero que sirve a maravilla para invertir el espíritu deportivo de quienes, a la pura fuerza, no pueden hacer otra cosa.

Y, las cosas de la vida, a este hombre, llevándolo entre cuatro, lo instalaron en la Placeta de Ligero, nada menos, él que no puede tener mas ligereza que la de su imaginación, por fortuna, no lerda.

Es natural que estos organismos agarrotados se sientan atraídos por otros inservibles como yo y su aproximación es completa-

OTRO TULLIDO mente desinteresada, porque están ya tan conformes con que será lo que Dios quiera, que ni mención hacen de su incapacidad, no buscan al médico para nada, se conforman con el buen corazón humano, con la buena comprensión, que es, y no solo para ellos, la mayor necesidad y lo mejor.

Bienvenido sea este chelero a las tareas improproductivas que encuentran su mejor y su única compensación en el hecho de realizarlas y ojalá que nos dé muchas oportunidades para entretener a los simpatizantes con los destellos de su inventiva o con la agudeza de su observación, que ya, cuando empezó a engatillarse, al principio de las bicicletas, entre dolor y dolor, se manifestó cuando oyó llegar a aquel mozo a que le dejara el otro la bicicleta para ir al partido que se jugaba en Herencia. El dueño le dijo que no se la daba y el otro replicó con ese tonillo villafranquero:

—¡Anda! Y me lo dice tan fresco.

—Tampoco vienes tú sudando a pedírmela.

Y se fueron cada uno por su lado.

* * *

Sucedidos

Alejo Fernández, el pastor, aquel que vivía enfrente de Patricio el Embustero, molesto de que salieran los consumistas a él por si llevaba algo de matute cargó de piedras la borrica y al llegar a las orillas del lugar arreó para llegar pronto a su casa. Los consumistas lo siguieron y él llamó de prisa como para que salieran pronto y descargar antes de que llegaran.

Cuando llegaron quedaron extrañados por la naturaleza del carguío y se volvieron defraudados al abrigo del esquinazo.

* * *

De Alejo se cuenta que siendo joven le quitó Castrola en el monte un capote nuevo y dicen que era templado y como refunfuñaba le hizo de matar la mejor oveja para comerla en su compañía.

LA casa dió nombradía prolongada a Pilez, mas que su cargo de maquinista de la Estación, de los de la época que para serlo no hacía falta saber leer ni escribir. A esa ocupación vino desde Albacete, donde había nacido, como otros varios. Y era natural, como ya consta en esta obra, que se fijara en esa casa que encontraba a la entrada del pueblo al venir desde el suyo y siempre, ya aquí, al ir y volver a su trabajo.

Su empleo debía tenerlo satisfecho y seguro y el hecho de fijarse en la casa demuestra que también ilusionado y con ganas de hacer, como pasó con otros de su tiempo y de su oficio: Carabaño, Belbeze, el del famoso perro Gambetta, Chapas, Crispín, Soledad, el Rus, etc.

Pilez tiró la casa y la hizo nueva y se destacaba tanto por su grandiosidad y por su blancura, aunque nunca la enjalbegó, como por su aislamiento y por estar tan a tope en la entrada del pueblo, que había que fijarse en ella y para todos servía como hito o término de comparación en conversaciones y referencias, sin que haya perdido

La casa de Pilez

ese valor para los que la conocimos tan alta, tan larga, tan nueva y tan solitaria.

El tiempo le dió un valor de lo mas extraordinario y la desfiguró, pero los factores espirituales siguen teniendo vigencia y pudieran hacer pensar a los amantes del lugar, en la conveniencia de restaurar las cosas tradicionales que tan honda influencia tienen en nuestra vida.

Lo primero es el nombre del paraje en que está enclavada, la Puerta de Villajos, que era puerta por ser entrada al pueblo y de Villajos por ser camino al despoblado de Villajos de donde tomó nombre el Cristo, el nuestro y el de allí. La influencia madrileñista, beneficiosa pero impurificadora, hizo que se quitara lo de Puerta y menos mal que aquí se evitó el presuntuoso e impropio nombre de avenida como se aplicó en la Puerta de Cervera, quitando, también lo de Puerta y al camino de Quero quitando, también, lo de camino que es lo que es de siempre.

Pilez -Miguel García Sáez- compró la casa el 26 de Octubre de 1878, teniendo la entrada por la calle del Galgo, hoy Alberca Lorente.

Pilez tenía 38 años, estaba casado con Rafaela Guillén Navarro, también de Albacete, y era maquinista ya. La casa tenía el número 4 de la calle y lindaba por la derecha de su entrada con otra de Cirilo Marchante, el padre de Francisco el de las maderas y por la izquierda con los herederos de Bernardo García-Baquero (Miguel Rebato), y por la espalda con la callejuela que iba y va, desde la Puerta de Villajos a la Placeta de Albertos.

Se la compró a Alfonso Tapia Núñez, que vivía en Herencia, pero era hermano de los Tapia de aquí, el cual había adquirido los 800 metros cuadrados de superficie que tenía, en la siguiente forma: la tercera parte de su mitad por cesión de su padre Evaristo Tapia el año 1855; otra tercera parte de su mitad por compra a su hermano Juan José Tapia el año 1865; otra tercera parte de su mitad por permuta que hizo con su hermano Santiago por otras fincas; una cuarta parte del todo por compra que hizo a su primo Antonio Tapia López en 1871 y la otra cuarta parte de la mitad, octava del total, por compra a su prima Isabel María Tapia, madre de los Manzanques, el año 1858,

El precio de la casa fue el de trece mil reales, pagando mil pesetas en el acto;

debiendo abonar el resto en los años 1879 y 80 a razón de 1.125 cada vez. Los nuevos dueños murieron en esa casa, la Rafaela el año 1898 y Miguel el 1916.

El genio de Pilez fue fuerte, como se estilaba; llevó de fogonero al ingeniero Jonás Féix, con el que hizo gran amistad y a Ignacio Villacañas. Su último servicio lo hizo con el exprés de Sevilla, que era el tren de más compromiso. Se le inutilizó la máquina a Valle que le tocaba llevarlo y tuvo que ir Pilez y antes de entrar en el túnel de Espehoy chocó con una roca que se había desprendido de la montaña volcando la máquina y el furgón. Iba de fogonero José Mata y los dos se salvaron, pero Pilez ya no hizo más servicio, pues tenía 65 años por el 1903, y ya no tuvo hora buena porque las amarguras de la vejez, tan frecuentes, le hicieron echarse al

pozo y cuando los pisadores de Eulalio Carrascosa fueron a sacarlo dijo que estaba allí bien y que no quería salir. Por fin lo sacaron y al poco murió.

Según nota de D. Trinidad Elías, de la casa de Pilez segregó el Ayuntamiento una "crugía habitación" de 24 metros, sin que conste para qué, pero su hijo Miguel dice que fue para alinear la calle del Galgo y ensanchar su entrada por la Castelar, cosa muy verosímil, sin que lo sea tanto que esa habitación lindara por la derecha con la casa de D. Andrés Cárdenas, salvo que la de Cirilo Marchante pasara a poder de Cárdenas por alguna razón.

El hecho de que todas estas casas tuvieran su entrada por la calle del Galgo y la portada a la Puerta de Villajos, demuestra el menor valor de ésta y la inclinación natural de los vecinos de allegarse al pueblo, cosa que también acredita la casona de Peño, en la Plazuela de Albertos. Y la necesidad de respetar esas servidumbres y tener las suyas propias, creó la callejuela al hacerse las casas de Pepico, Ventura Vaquero, Morano, etc. Pilez, al hacer su casa, conservó la portada mirando al Cristo, pero echó la fachada ya a la calle de San Andrés, señalando con ello los nuevos tiempos y el cambio que iban tomando las preferencias impuesto por la Estación.

INDIRECTAS

Clemente Cruzado, el de Plinio, nieto de Pilez, que bien haya en las Américas, al sentir reverdecido su alcazareñismo con la lectura de estos libros, nos cuenta que una mañana cruzaba D. Oliverio por la barbería de Pareja al tiempo que unos hombres pasaban cargados con un gran poste del telégrafo.

Al saludar a D. Oliverio le dice Orosio con retintín:

—¡Vaya, D. Oliverio, si fueran así las plumas de escribir...!

D. Oliverio, sin dejarle de terminar la frase, contestó:

—Entonces tú serías Notario y yo barbero.

LA RAZA Y LA ENSEÑANZA

Un anochecido llegaron tres muchachos al puesto de Juan Marica a comprar alcagüetas. Discutieron con él en mal tono y pasó Estrella que al oír las palabrotas recriminó a los jóvenes la manera de expresarse.

—Nada cuesta hablar bien, muchachos.

Se fueron acercando curiosos y Eulogio al verlos les amonestó, diciendo con su natural desenfado:

—¿Y vosotros, qué leche hacéis aquí?

SUCEDIDOS

EL REPUNTON DE CALALO La María del Quero, que lee los libros con un cariño que no sé cómo agradecer y que tiene la franqueza y la generosidad de señalar y corregir las faltas que observa, me ha completado la información de Calalo en forma irrefutable, que se debe puntualizar.

La María, dicho sea en su honor, y para ejemplo de los demás, aprendió a escribir a los 40 años, ella sola y tiene tal facilidad que a los dos días de recibir el libro ya ha enjaretado algún pliego con lo que haya apreciado de bueno o de malo, y allá va. ¡Qué hermosa naturalidad!

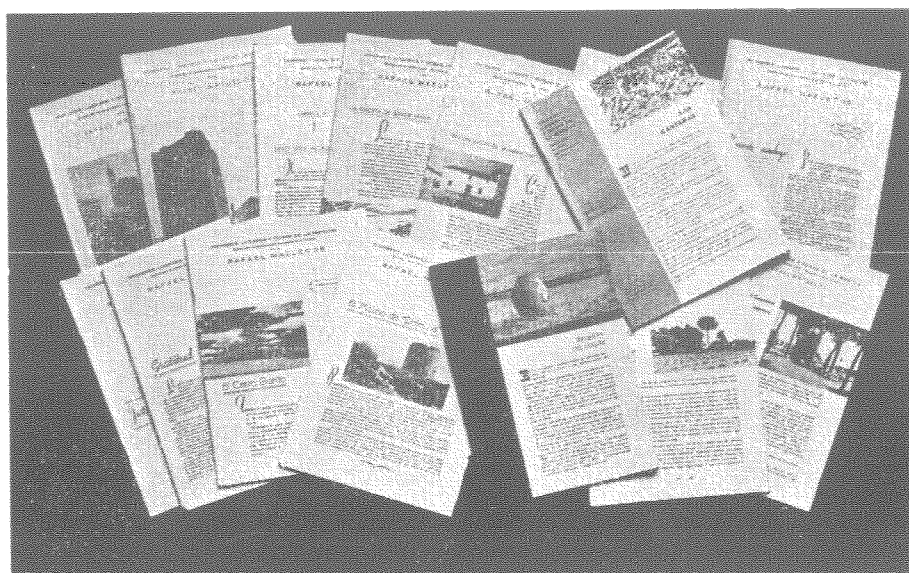
Pues bien, resulta que Calalo y su mujer eran de Herencia y sabiéndolo se ve que no niegan la pinta a pesar de su implantación alcazareña definitiva. Los entendidos pueden revisar las fotografías del fascículo anterior y se convencerán. El modo de ponerse la boina no es alcazareño ni lo es tampoco, psicológicamente, la sumisión integral que tuvo en su obligación. Y por algo era herenciano el casero que está con él y aparece en el cuadro de los civiles pintado por Murat. El traje con que en ese cuadro aparece el guarda de La Deseada fue un puro capricho de Murat que desorienta las apreciaciones, pues ni es alcazareño ni herenciano ni manchego de aquí arriba.

He tenido ocasión de conocer y tratar a las hijas de ese casero herenciano que lo fue de la casa de Chavicos. Le decían Mascaajos -Julián Díaz-Naranjo García-Navas-, apellidos que no dejan lugar a dudas acerca de su origen. Y todavía vive la mas pequeña de sus hijas, Angelita, a la que considero y aprecio.

Cuenta la María que de los 7 hijos de Calalo, uno se casó con la Vicenta la Potarrona, Federico; Vicente con la Gabriela de Patricio el Embustero, que era mas borrico que su padre, se fue a segar por Aragón y no volvió mas al pueblo; la María Josefa, que se casó con un hijo de la Ojanca; Cesáreo y Eusebio que se casaron con dos hijas de Sandalio el cacharrero, oriundo de Manises y otros dos que murieron jóvenes.

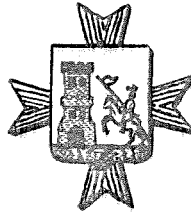
La mujer de Calalo tenía aquí dos hermanas mas y a todas les decían las Herencianas, una de ellas la mujer de Remontón, que tampoco le tenía envidia a Calalo y acabó su vida en las aguas del Pindongo.

Hay que agradecer a la María del Quero, María Bautista Gimeno, Gimeno como lo era Sandalio el cacharrero, su aportación y su celo para observar las cosas que lee, demostración clara de lo hondo que siente lo del lugar desde su residencia de Madrid, cosa que la enaltece.



Pitos, en un momento de entusiasmo propio de su noble espíritu, hizo esta preciosa orla con las portadas de los fascículos publicados, para que el notable escritor manchego, Miguel García de Mora, la incluyera en el reportaje que dedicó al fascículo XVI en el DIGAME de los días 22 y 29 de junio de 1965.

Mi gratitud por estos rasgos de generosidad no tiene límites y quiero que conste en esta obra de la manera mas expresiva, tanto para Fernando como para Miguel, que favorecen estos trabajos con una atención que nunca podré agradecer como merece.



Núm. de Registro C. R. 3 - 66

Depósito Legal C. R. 33 - 1961

80 80 80 80 80 80 80 80

IMP. VDA. M. MATA.-ALCAZAR